JOSÉ GAOS

MUSEO DE FILÓSOFOS

SALA DEL CARTESIANISMO

49



FILOSOFIA Y LETRAS

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Rector:

Dr. Nabor Carrillo

Secretario General:

Dr. Efrén C. del Pozo

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Director:

Dr. Francisco Larroyo

Secretario:

Juan Hernández Luna

CONSEJO TÉCNICO DE HUMANIDADES

Coordinador:

Dr. Samuel Ramos

Secretario:

Rafael Moreno

EDICIONES FILOSOFÍA Y LETRAS

Opúsculos preparados por los maestros de la Facultad de Filosofía y Letras y editados bajo los auspicios del Consejo Técnico de Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México.

1. *Schiller desde México*. Prólogo, biografía y recopilación de la Dra. Marianne O. de Bopp.
2. Agostino Gemelli. *El psicólogo ante los problemas de la psiquiatría.* Traducción y nota del Dr. Oswaldo Robles.
3. Gabriel Marcel. *Posición y aproximaciones concretas al misterio ontológico.* Prólogo y traducción de Luis Villoro.
4. Carlos Guillermo Koppe. *Cartas a la patria.* (*Dos cartas alemanas sobre el México de 1830.*) Traducción del alemán, estudio preliminar y notas de Juan A. Ortega y Medina.
5. Pablo Natorp. *Kant y la Escuela de Marburgo.* Prólogo y traducción de Miguel Bueno.
6. Leopoldo Zea. *Esquema para una historia de las ideas en Iberoamérica.*
7. Federico Schiller. *Filosofía de la historia.* Prólogo, traducción y notas de Juan A. Ortega y Medina.
8. José Gaos. *La filosofía en la Universidad.*
9. Francisco Monterde. *Salvador Díaz Mirón. Documentos. Estética.*
10. José Torres. *El estado mental de los tuberculosos y Cinco ensayos sobre Federico Nietzsche.* Prólogo, biografía y bibliografía por Juan Hernández Luna.
11. Henri Lefebvre. *Lógica formal y lógica dialéctica.* Nota preliminar y traducción de Eli de Gortari.
12. Patrick Romanell. *El neo-naturalismo norteamericano.* Prefacio de José Vasconcelos.
13. Juan Hernández Luna. *Samuel Ramos. Su filosofar sobre lo mexicano.*

14. Thomas Verner Moore. *La naturaleza y el tratamiento de las perturbaciones homosexuales.* Traducción y nota preliminar del Dr. Oswaldo Robles.

15. Margarita Quijano Terán. *La Celestina y Otelo.*

16. Romano Guardini. *La esencia de la concepción católica del mundo.* Prólogo y traducción de Antonio Gómez Robledo.

17. Agustín Millares Carlo. *Don Juan José de Eguiara y Eguren y su Bibliotheca Mexicana.*

18. Othon E. de Brackel-Welda. *Epístolas a Manuel Gutiérrez Nájera.* Prólogo y recopilación de la Dra. Marianne O. de Bopp.

19. Gibrán Jalil Gibrán. *Rosa El-Hani (novela) y Pensamientos filosóficos y fantásticos, Breve antología literaria árabe.* Traducidos directamente por Mariano Fernández Berbiela.

20. Luciano de la Paz. *El fundamento psicológico de la familia.*

21. Pedro de Alba. *Ramón López Velarde. Ensayos.*

22. Francisco Larroyo. *Vida y profesión del pedagogo.*

23. Miguel Bueno. *Natorp y la idea estética.*

24. José Gaos. *La filosofía en la Universidad. Ejemplos y complementos.*

25. Juvencio López Vásquez. *Didáctica de las lenguas vivas.*

26. Paula Gómez Alonso. *La ética en el siglo* XX.

27. Manuel Pedro González. *Notas en torno al modernismo.*

28. Francisco Monterde. *La literatura mexicana en la obra de Menéndez Pelayo.*

29. Federico Schlegel. *Fragmentos.* Invitación al romanticismo alemán, semblanza biográfica y traducción de Emilio Uranga.

30. Sergio Fernández. *Cinco escritores hispanoamericanos.*

31. Miguel León-Portilla. *Siete ensayos sobre cultura náhuatl.*

32. Wilhelm Windelband. *La filosofía de la historia.* Prólogo y traducción de Francisco Larroyo.

33. Claude Tresmontant. *Introducción al pensamiento de Teilhard de Chardin.* Prólogo y versión de José M. Gallegos Rocafull.

34. Jesús Guisa y Azevedo y Ángel María Garibay K. *La palabra humana.*

35. Agustín Millares Carlo. *Apuntes para un estudio biobibliográfico del humanista Francisco Cervantes de Salazar.*

36. Matías López Ch. *Estadística elemental para psicólogos.*

37. Juan Hernández Luna. *Dos ideas sobre la filosofía en la Nueva España. (Rivera vs. De la Rosa.)*

38. Christoph Martin Wieland. *Koxkox y Kikequetzel. Una historia mexicana.* Traducción y prólogo de la doctora Marianne O. de Bopp.

39. J. Winiecki. *Hebraísmos españoles. Vocabulario de raíces hebreas en la lengua castellana.*

40. Jorge Lukács. *Mi camino hacia Marx.* Introducción a la lectura de Jorge Lukács, selección, traducción y notas de Emilio Uranga.

41. Miguel Bueno. *Conferencias.*

42. Rogelio Díaz-Guerrero. *Tres contribuciones a la psicoterapia.*

43. Leopoldo Zea. *La cultura y el hombre de nuestros días.*

44. Juan B. Iguíniz. *La antigua Universidad de Guadalajara.*

45. Alicia Perales Ojeda. *Servicios bibliotecarios en Universidades.*

46. Juan Marinello. *Sobre el modernismo. Polémica y definición.*

47. José Gaos. *Sobre enseñanza y educación.*

48. Luis Couturat. *La filosofía de las matemáticas en Kant.* Prólogo y traducción de Miguel Bueno.

49. José Gaos. *Museo de filósofos.* Sala del cartesianismo.

MUSEO DE FILÓSOFOS

J O S É G A O S

MUSEO

de

FILÓSOFOS

SALA DEL CARTESIANISMO

MÉXICO, 1960

Primera edición: 1960

Ciudad Universitaria. México 20, D. F

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

ÍNDICE



PRÓLOGO

En las *páginas 117 y siguientes del primer volumen publicado por el autor del presente en esta colección, el ocho de ella,* La Filosofía en la Unidad, *se lee: "La iniciación histórica en la Filosofía no ha dado de hecho hasta ahora más que dos resultados indeseables ambos: nociones superficiales de muchas filosofías, sin ningún conocimiento filosófico verdaderamente tal, y el escepticismo. Pero tampoco parece posible posponer toda información histórico-filosófica a una iniciación doctrinal. Las doctrinas filosóficas implican referencias históricas imprescindibles, empezando por la bien patente de que muchos filosofemas llevan los nombres de los filósofos a quienes se deben o que son más representativos de ellos. En la historia de la Filosofía hay, a su vez, una iniciación de hecho. No puede ser otra. Es la información fundamentalmente biográfica y simplemente más o menos desarrollada sobre los principales filósofos. La sucesión de éstos sumi-*

nistra el marco de encuadramiento de toda articulación de la historia de la filosofía, el armazón sustentador de la articulación de esta historia, como quiera que se conciba y desarrolle la historia de ella. Dicha información se da de hecho, pues, antes de toda iniciación doctrinal en la Filosofía. Encima, es capaz de promover el más vivo interés por los filósofos, buen medio para promoverlo por la Filosofía misma, y aun de alcanzar un subido valor educativo. Para promover aquel interés y alcanzar este valor es el medio, a su vez, presentar a los principales filósofos en la forma también más viva, como hombres de carne y hueso, y como héroes del trabajo intelectual. Desde la antigüedad ha sido su ejemplo uno de los más estimulantes de las vocaciones intelectuales, tan necesarias en los países de nuestra cultura. Tal presentación de los filósofos debe hacerse en la forma de semblanzas biográficas, lo más plásticas posible, de los principales filósofos, o de algunos de ellos." "Para componer las semblanzas de los filósofos deben utilizarse no sólo las biografías y otras publicaciones más recientes, *sino, y quizá preferentemente, los escritos autobiográficos y asimilables, como diarios y correspondencias, de los filósofos mismos, y las biografías y otros documentos* más cercanos *a ellos. Los escritos autobiográficos compensan*

su subjetividad con su autenticidad. Lo que para las semblanzas de San Agustín, Descartes, Mill, Nietzsche y Santayana puede y debe sacarse de las Confesiones, *el* Discurso, *la* Autobiografía, *el* Ecce Homo... *no puede sacarse de ninguna otra parte." "Las biografías y otros documentos más cercanos a los biografiados mismos suelen destacarse por una viveza y plasticidad por lo que no lo suelen, en cambio, las más recientes y científicas. No debe sentirse empacho en utilizar los primeros aun cuando hayan sido rectificados por la investigación científica más reciente. Bastará tomar debidamente en cuenta las rectificaciones. Hay en las biografías de los filósofos detalles de los que la investigación histórica ha probado ser falsos de hecho — cuando se entiende el hecho en un sentido excluyente de una verdad significativa y ejemplar de la que prescindir sería un gran error, no sólo pedagógico, sino incluso histórico-filosófico, entendidas la historia y la filosofía en toda su profundidad." "Ejemplo de biografías más cercanas al biografiado a las que se debe la imagen de verdad significativa y ejemplar de éste, las de Spinoza, y el elogio de Leibniz por Fontenelle, caso singular de justicia inmediata hecha por un extraño a un grande hombre muerto en la soledad entre los suyos."*

El presente volumen inicia la tarea de poner el material más indispensable para componer las semblanzas de los filósofos, de acuerdo con lo dicho en las citas del aparte anterior, más al alcance de profesores y estudiantes de lo que lo está disperso por publicaciones de las que algunas son difícilmente asequibles hasta en las bibliotecas. Sendos volúmenes del formato de los de esta colección requiere el material más indispensable para componer las semblanzas de los principales filósofos antiguos, medievales y modernos franceses, ingleses, alemanes, de lengua española... El segundo volumen publicado por el autor del presente en esta colección, el veinticuatro de ella, con el mismo título que el primero, lleva el subtítulo "Ejemplos y Complementos". Se trata de unas lecciones y unos textos filosóficos, ejemplos de cómo concibe el autor las lecciones del curso de Introducción a la Filosofía cuyo programa expone en el primero de los dos volúmenes mentados, y de los textos que pueden leerse y explicarse o comentarse como complemento de las lecciones según el mismo programa; y de unas normas aprovechables para hacer la explicación o comentario de ellos. El presente volumen podría haber llevado el mismo título de los dos anteriores y el subtítulo "Nuevos Complementos", pero han parecido preferibles el título y subtítulo

que lleva, no tan repetidos y más plásticos y, quizá, más atractivos. Museo de filósofos *puede titularse bien una serie de volúmenes conteniendo los autorretratos y retratos de los filósofos que son sus autobiografías y las biografías de ellos; y "Sala del Cartesianismo", "Sala de Ingleses", etcétera, los distintos volúmenes de la serie.*

El presente contiene el principal material para componer las semblanzas de Descartes, Spinoza y Leibniz. El Discurso del método *es la autobiografía intelectual de Descartes no sustituíble por nada. El texto es fácil de encontrar y adquirir en el original francés y en más de una buena traducción española; pero no se ha querido prescindir aquí de él, por no empezar faltando a la finalidad de "poner el material más indispensable para componer las semblanzas de los filósofos... más al alcance de profesores y estudiantes de lo que lo está disperso por publicaciones..." Ya no pasa precisamente lo mismo con ninguno de los demás textos incluídos en el volumen. La autobiografía intelectual de Descartes necesitaba de dos complementos: para completar la biografía, del relato de la muerte del filósofo; para recubrir y rodear el esqueleto intelectual de la autobiografía con las "circunstancias" del hombre de carne, además de hueso, y de mundo, de algunos textos que tal diesen. Estos textos y aquel relato*

se encuentran en la documentada, concienzuda, fundamental, clásica biografía de Descartes por Baillet, publicada a los cuarenta y un años de la muerte del filósofo. De ella proceden, pues, el cuadro de la muerte y los deliciosos tableautins de la vida de Descartes que acompañan al gran autorretrato. Ni Spinoza ni Leibniz dejaron obra alguna equiparable al Discurso del método. La imagen ya clásica de Spinoza se debe a las biografías de "uno de sus discípulos", el médico Lucas, de La Haya, y de Juan Colérus, ministro de la iglesia luterana de la misma capital. La más completa y mejor compuesta de las dos es la segunda, publicada a los veintinueve años de la muerte de Spinoza en holandés y a poco en francés, del que se la ha traducido. El famoso elogio de Leibniz, correspondiente de la Academia de Ciencias de París, por Fontenelle, secretario perpetuo de la sociedad, siguió a la muerte del filósofo.

Ni el Discurso, ni la biografía de Spinoza, ni el elogio de Fontenelle se incluyen íntegros, sino reducidos a lo que en ellos es material para componer la semblanza plástica de los tres filósofos, prescindiendo señaladamente de lo pertinente a la filosofía misma y demás obra de ellos. Así, del Discurso faltan las exposiciones del método, metafísica y física en las partes segunda, cuarta —en-

tera— y quinta, respectivamente; de la biografía de Spinoza, la larga disquisición sobre la excomunión entre los judíos y la aplicada a Spinoza, y las secciones tituladas "Sus escritos y sentimientos", es decir, ideas, "Algunos escritos de Spinoza que no se han impreso" y "Varios autores refutan sus obras"; y del elogio de Fontenelle, los pasajes de detalle sobre las obras políticas, históricas, jurídicas, filosóficas, matemáticas, teológicas y religiosas y sobre la metafísica de Leibniz. Los lugares de tales omisiones se indican con líneas de puntos. Omisiones menores, con puntos suspensivos. *

* Las traducciones se han hecho sobre los textos contenidos en las siguientes obras:

Descartes. *Discours de la Méthode.* Texte et commentaire par E. Gilson. Deuxième édition. Vrin. Paris, 1939.

Descartes. *Oeuvres et Lettres.* Textes présentés par A. Bridoux. Bibliothèque de la Pléiade. Paris, 1937. Ps. 1084 ss.: "La Mort de Monsieur Descartes. Relation de Baillet."

M. Leroy. *Descartes, le philosophe au masque.* Rieder. Paris, 1929, 2 vol.

S. S. de Sacy. *Descartes par lui-même.* "Ecrivains de Toujours." Editions du Seuil. Paris, 1957.

Spinoza. *Oeuvres Complètes.* Texte nouvellement traduit ou revu, présenté et annoté par R. Caillois, M. Francès et R. Misrahi. Bibliothèque de la Pléiade. Paris,

1954. Ps. 1507 ss.: "La Vie de Spinoza par Jean Colérus."

Leibniz. *Oeuvres*. Nouvelle édition... par M. A. Jacques. Charpentier. Paris, 1942. Deuxième Série. Ps. I ss.: "Eloge de M. Leibniz par M. de Fontenelle."

DESCARTES

DISCURSO DEL MÉTODO

PRIMERA PARTE

El buen sentido es la cosa del mundo mejor repartida, pues todos piensan estar tan bien provistos de ella, que hasta aquellos que son más difíciles de contentar en cualquier otra cosa no tienen costumbre de desear más del que tienen. En lo que no es verosímil que todos se engañen, antes atestigua que la potencia de juzgar bien y de discernir lo verdadero de lo falso, que es propiamente lo que se llama el buen sentido o la razón, es naturalmente igual en todos los hombres; y, así, que la diversidad de nuestras opiniones no viene de que los unos son más razonables que otros, sino solamente de que conducimos nuestros pensamientos por diversas vías y no consideramos las mismas cosas. Pues no es bastante tener el ingenio bueno, sino que lo principal es aplicarlo bien. Las más grandes almas son capaces de los más grandes vicios tanto como

de las más grandes virtudes, y los que no marchan más que lentamente pueden avanzar mucho más, si siguen siempre el camino recto, que lo hacen los que corren y que se alejan de él.

En cuanto a mí, no he presumido jamás de que mi ingenio fuese en nada más perfecto que los del común; hasta he deseado a menudo tener el pensamiento tan ágil, o la imaginación tan neta y distinta, o la memoria tan amplia, o tan rápida, como algunos otros. Y no sé de otras cualidades sino éstas que sirvan a la perfección del ingenio; pues en cuanto a la razón, o el sentido, dado que es la sola cosa que nos hace hombres y nos distingue de las bestias, quiero creer que está entera en cada uno y seguir en esto la opinión común de los filósofos, que dicen que no hay más ni menos sino entre los *accidentes*, y no entre las *formas*, o naturalezas, de los *individuos* de una misma *especie*.

Mas no temo decir que pienso haber tenido mucha suerte en haberme tropezado desde mi juventud con ciertos caminos que me han conducido a consideraciones y máximas de que he formado un método con el cual me parece que tengo medio de aumentar por grados mi conocimiento y de elevarlo poco a poco al más alto punto al cual la mediocridad de mi ingenio y la corta duración de mi vida pueden permitirle al-

canzar. Pues he recogido ya tales frutos de él, que aunque en los juicios que hago acerca de mí mismo trato siempre de inclinarme del lado de la desconfianza más bien que del de la presunción, y que, mirando con ojos de filósofo las diversas acciones y empresas de los hombres todos, no hay casi ninguna que no me parezca vana e inútil, no dejo de recibir una extrema satisfacción del progreso que pienso haber hecho ya en la investigación de la verdad, ni de concebir tales esperanzas para el futuro, que si, entre las ocupaciones de los hombres puramente hombres, hay alguna que sea sólidamente buena e importante, oso creer que es la que he escogido.

Sin embargo, puede suceder que me engañe y no sea quizá más que un poco de cobre y de vidrio lo que tomo por oro y diamantes. Sé cuánto estamos sujetos a equivocarnos en lo que a nosotros toca y cuánto también los juicios de nuestros amigos nos deben ser sospechosos cuando son en nuestro favor. Mas tendré mucho gusto en hacer ver, en este discurso, cuáles son los caminos que he seguido, y representar en él mi vida como en un cuadro, a fin de que todos puedan juzgar, y de que, sabiendo por el rumor público las opiniones que se tengan, sea éste un nuevo medio de instruirme que añadiré a aquellos de que tengo costumbre de servirme.

Así, mi designio no es enseñar aquí el método que todos deban seguir para conducir bien la razón, sino solamente hacer ver de qué suerte he tratado de conducir la mía. Los que se meten a dar preceptos se deben estimar más hábiles que aquellos a quienes los dan; y si fallan en la menor cosa, son censurables. Mas no proponiendo este escrito sino como una historia, o, si lo preferís, como una fábula, en la cual, entre algunos ejemplos que se pueden imitar, se encontrarán quizá también otros muchos que se tendrá razón en no seguir, espero que sea útil a algunos, sin ser nocivo a nadie, y que todos me agradecerán mi franqueza.

Fui yo criado en las letras desde mi infancia, y como me persuadían de que por medio de ellas se podía adquirir un conocimiento claro y seguro de todo lo que es útil para la vida, tenía un extremo deseo de aprenderlas. Mas tan pronto como acabé todo el plan de estudios al término del cual se acostumbra ser recibido en el rango de los doctos, cambié enteramente de opinión. Pues me encontraba embarazado por tantas dudas y errores, que me parecía no haber sacado otro provecho tratando de instruirme, sino el de haber descubierto cada vez más mi ignorancia. Y sin embargo

estaba en una de las escuelas más célebres de Europa, donde pensaba que tenía que haber hombres sabios, si es que los había en algún lugar de la tierra. Allí había aprendido todo lo que los demás aprendían; e incluso no habiéndome contentado con las ciencias que nos enseñaban, había recorrido todos los libros acerca de aquellas que se estiman más curiosas y más raras, que habían podido caer entre mis manos. Con esto, sabía los juicios que los demás hacían de mí; y no veía que me estimasen inferior a mis condiscípulos, bien que ya hubiese entre ellos algunos a quienes destinaban a ocupar los puestos de nuestros maestros. Y en fin, nuestro siglo me parecía tan floreciente, y tan fértil en buenos ingenios, como haya sido cualquiera de los precedentes. Lo que me hacía tomarme la libertad de juzgar por mí a todos los demás, y de pensar que no había ninguna doctrina en el mundo que fuese tal como me lo habían hecho esperar antes.

No dejaba, empero, de estimar los ejercicios con que se ocupan en las escuelas. Sabía que las lenguas que en ellas se aprenden son necesarias para la inteligencia de los libros antiguos; que la buena gracia de las fábulas aviva el ingenio; que las acciones memorables de las historias lo elevan, y que leídas con discreción ayudan a educar el juicio; que la lectura de todos los libros

buenos es como una conversación con las más cortesanas gentes de los siglos pasados, que fueron sus autores, e incluso una conversación cuidada, en la cual no nos descubren más que los mejores de sus pensamientos; que la elocuencia tiene fuerzas y bellezas incomparables; que la poesía tiene exquisiteces y suavidades muy arrobadoras; que las matemáticas tienen invenciones muy sutiles y que pueden servir de mucho, tanto para dar contento a los amantes de cosas curiosas como para facilitar todas las artes y disminuir el trabajo de los hombres; que los escritos que tratan de las costumbres contienen muchas enseñanzas y muchas exhortaciones a la virtud que son harto útiles; que la teología enseña a ganar el cielo; que la filosofía da medio de hablar verosímilmente de todas las cosas y hacerse admirar de los menos sabios; que la jurisprudencia, la medicina y las demás ciencias aportan honores y riquezas a los que las cultivan; y en fin, que es bueno haberlas examinado todas, hasta las más supersticiosas y las más falsas, a fin de conocer su justo valor y guardarse de ser engañado por ellas.

Mas creía haber concedido ya asaz tiempo a las lenguas, e incluso también a la lectura de los libros antiguos, y a sus historias, y a sus fábulas. Pues es casi lo mismo tratar con los de los otros

siglos que viajar. Es bueno saber algo de las costumbres de los diversos pueblos, a fin de juzgar de las nuestras más sanamente, y que no pensemos que todo lo que es contra nuestras modas es ridículo, y contra razón, como tienen costumbre de hacer los que no han visto nada. Mas cuando se emplea demasiado tiempo en viajar, se acaba por volverse extranjero en el propio país; y cuando se es demasiado curioso de las cosas que se practicaban en los siglos pasados, se queda ordinariamente muy ignorante de las que se practican en éste. Sobre que las fábulas hacen imaginar muchos acontecimientos como posibles que no lo son; y que hasta las historias más fieles, si no cambian ni aumentan el valor de las cosas, para hacerlas más dignas de ser leídas, al menos omiten casi siempre sus más bajas y menos ilustres circunstancias: de donde viene que el resto no parezca tal cual es y que aquellos que reglan sus costumbres por los ejemplos que sacan de ellas, estén sujetos a caer en las extravagancias de los paladines de nuestras novelas, y a forjar designios que rebasan sus fuerzas.

Estimaba mucho la elocuencia y estaba enamorado de la poesía; mas pensaba que una y otra eran dones del ingenio, antes bien que frutos del estudio. Los que tienen el raciocinio más vigoroso

y distribuyen mejor sus pensamientos, a fin de hacerlos claros e inteligibles, siempre logran persuadir mejor de lo que proponen, aun cuando no hablasen más que bajo bretón y no hubiesen aprendido jamás retórica. Y los que tienen la inventiva más feliz y saben expresar sus invenciones con más ornato y suavidad, no dejarían de ser los mejores poetas, aunque el arte poético les fuese desconocido.

Placíanme sobre todo las matemáticas, a causa de la certidumbre y evidencia de sus razones; mas no advertía aún su verdadero uso, y pensando que no servían sino para las artes mecánicas, pasmábame de que siendo sus fundamentos tan firmes y sólidos, no se hubiese edificado encima nada más alto. Como, al contrario, comparaba los escritos de los antiguos paganos que tratan de las costumbres a palacios muy soberbios y muy magníficos que no estaban construídos sino sobre arena y sobre barro. Elevan muy altas las virtudes, y hácenlas parecer estimables por encima de todas las cosas que son en el mundo; mas no enseñan bastante a conocerlas, y a menudo lo que llaman con un nombre tan bello no es sino insensibilidad, u orgullo, o desesperación, o parricidio.

Reverenciaba nuestra teología y pretendía tanto como cualquier otro ganar el cielo; pero habiendo

aprendido como cosa muy segura, que el camino de él no está menos abierto a los más ignorantes que a los más doctos, y que las verdades reveladas que a él conducen están por encima de nuestra inteligencia, no hubiera osado someterlas a la flaqueza de mis razonamientos, y pensaba que para emprender el examinarlas y salir con bien de ello, necesario era tener alguna extraordinaria asistencia del cielo y ser más que un hombre.

Nada diré de la filosofía sino que viendo que ha sido cultivada por los ingenios más excelentes que han vivido desde hace muchos siglos, y que sin embargo no se encuentra todavía en ella cosa alguna de que no se dispute, y por consiguiente que no sea dudosa, no tenía presunción bastante para esperar haber en ella más suerte que los demás; y que considerando cuántas diversas opiniones puede haber acerca de una misma materia, sostenidas por gentes doctas, sin que jamás pueda haber entre ella más de una sola que sea verdadera, reputaba casi por falso todo lo que no era sino verosímil.

Luego, en cuanto a las demás ciencias, dado que toman sus principios de la filosofía, juzgaba que no se podía haber edificado nada que fuese sólido sobre fundamentos tan poco firmes. Y ni el honor ni el lucro que prometen eran suficientes para convidarme a aprenderlas; pues no me sen-

tía, gracias a Dios, de condición que me obligase a hacer un oficio de la ciencia, para el alivio de mi fortuna; y aunque no hiciese profesión de menospreciar la gloria a lo cínico, hacía sin embargo muy poco caso de aquella que no esperaba poder adquirir sino con falsos títulos. Y en fin, en cuanto a las malas doctrinas, pensaban conocer ya bastante lo que valían, para no estar ya sujeto a ser engañado, ni por las promesas de un alquimista, ni por las imposturas de un mago, ni por los artificios o la jactancia de alguno de los que hacen profesión de saber más de lo que saben.

Es por lo que, tan pronto como la edad me permitió salir de la sujeción de mis preceptores, dejé enteramente el estudio de las letras. Y resolviéndome a no seguir buscando otra ciencia que la que se pudiera encontrar en mí mismo, o bien en el gran libro del mundo, empleé el resto de mi juventud en viajar, en ver cortes y ejércitos, en frecuentar gentes de diversos humores y condiciones, en recoger diversas experiencias, en ponerme a prueba a mí mismo en los encuentros que la fortuna me deparaba, y por todas partes en hacer tal reflexión sobre las cosas que ocurrían, que pudiese sacar de ella algún provecho. Pues parecíame que podía tropezar con mucho más de verdad en los razonamientos que cada cual hace

tocante a los negocios que le importan, y cuyo resultado ha de penarle pronto después, si juzgó mal, que en los que hace un hombre de letras en su gabinete, tocante a especulaciones que no son de efecto alguno, y que no tienen para él otra consecuencia sino que acaso sacará de ellas tanta más vanidad cuanto más alejadas sean del sentido común, a causa de que habrá tenido que emplear tanto más ingenio y artificio en tratar de hacerlas verosímiles. Y tenía yo siempre un extremo deseo de aprender a distinguir lo verdadero de lo falso, para ver claro en mis acciones, y marchar con regularidad por esta vida.

Verdad es que, en tanto no hacía más que considerar las costumbres de los demás hombres, casi no encontraba cosa de que estar seguro, y notaba en ellas casi tanta diversidad como había hecho antes entre las opiniones de los filósofos. De suerte que el mayor provecho que obtenía de ello era que, viendo muchas cosas que, bien que nos parezcan harto extravagantes y ridículas, no dejan de ser universalmente recibidas y aprobadas por otros grandes pueblos, aprendía a no creer nada demasiado firmemente de aquello de que no me habían persuadido más que el ejemplo y la costumbre; y así me libré poco a poco de muchos errores, que pueden ofuscar nuestra luz natural, y hacernos menos capaces de escuchar

razón. Mas después que hube empleado algunos años en estudiar así en el libro del mundo y en tratar de adquirir alguna experiencia, tomé un día la resolución de estudiar también en mí mismo, y de emplear todas las fuerzas de mi ingenio en escoger los caminos que debía yo seguir. Lo que se me logró mucho mejor, me parece, que si no me hubiese alejado jamás, ni de mi país, ni de mis libros.

SEGUNDA PARTE

Estaba yo entonces en Alemania, a donde la ocasión de las guerras que aún no han acabado allí me había llamado; y retornando de la coronación del emperador hacia el ejército, el comienzo del invierno me detuvo en un cuartel donde, no encontrando ninguna relación que me distrajese, y no teniendo además, por suerte, cuidados algunos ni pasiones que me turbasen, pasaba todo el día encerrado solo en una estufa, donde tenía entero ocio para ocuparme con mis pensamientos. Entre los cuales, uno de los primeros fue que se me ocurrió considerar que con frecuencia no hay tanta perfección en las obras compuestas de muchas piezas, y hechas por la mano de diversos maestros, como en aquellas en

que ha trabajado uno solo. Así, se ve que los edificios que ha empezado y acabado un solo arquitecto, acostumbran ser más bellos y estar mejor ordenados que los que han tratado de reformar muchos, utilizando viejos muros que habían sido edificados con otros fines. Así, esas antiguas urbes, que, no habiendo sido al comienzo más que pequeños burgos, se han vuelto, con la sucesión de los tiempos, grandes ciudades, están ordinariamente tan mal proporcionadas, en comparación de esas plazas regulares que un ingeniero traza a su gusto en una llanura, que aun cuando, considerando sus edificios cada uno por sí, se encuentre con frecuencia en ellos tanto o más arte como en los de las obras, empero, viendo como están dispuestos, aquí uno grande, allí uno pequeño, y como hacen las calles torcidas y desniveladas, se diría que es antes la fortuna que la voluntad de algunos hombres sirviéndose de la razón, quien los ha colocado así. Y si se considera que no obstante ha habido en todo tiempo algunos funcionarios que han tenido por misión cuidarse de los edificios de los particulares, para hacerlos servir al ornato público, bien se advertirá que es difícil, no trabajando más que sobre las obras de otro, hacer cosas muy cabales. Así, me imaginaba que los pueblos que, habiendo sido antaño semisalvajes, y no habiéndose civilizado más que poco

a poco, no han hecho sus leyes más que a medida que el malestar de los crímenes y de las querellas les ha obligado a hacerlas, no cabía que tuviesen una policía tan perfecta como aquellos que, desde el momento mismo en que se reunieron, observaron las constituciones de algún prudente legislador. Como muy cierto es que el estado de la verdadera religión, del que Dios solo hizo las ordenanzas, tiene que estar incomparablemente mejor regulado que todos los demás. Y para hablar de las cosas humanas, creo que, si Esparta fue en otros tiempos tan floreciente, no fue a causa de la bondad de cada una de sus leyes en particular, visto que muchas eran harto extrañas, y hasta contrarias a las buenas costumbres, sino causa de que, no habiendo sido inventadas más que por uno solo, tendían todas a igual fin. Y así, pensaba que las ciencias de los libros, al menos aquellas cuyas razones no son más que probables, y que no tienen demostraciones algunas, habiéndose compuesto y engrosado poco a poco con las opiniones de muchas personas diversas, no son tan propincuas a la verdad como los sencillos razonamientos que puede hacer naturalmente un hombre de buen sentido tocante a las cosas que se presentan. Y así aún, pensaba que, puesto que todos hemos sido niños antes de ser hombres, y que nos ha sido menester ser

gobernados largo tiempo por nuestros apetitos y nuestros preceptores, que con frecuencia eran contrarios los unos a los otros, y que, ni los unos ni los otros, nos aconsejaban quizá siempre lo mejor, es casi imposible que nuestros juicios sean tan puros, ni tan sólidos como lo hubieran sido, si hubiésemos tenido el uso íntegro de nuestra razón desde el punto y hora de nuestro nacimiento, y jamás hubiésemos sido conducidos más que por ella.

Verdad es que no vemos que se echen por tierra todas las casas de una ciudad, con la sola intención de reconstruirlas de otra manera, y de hacer las calles más bellas; mas sí se ve que muchos hacen derrumbar las suyas para reedificarlas, y que incluso algunos se ven forzados a ello, cuando sus casas están en peligro de caer por sí mismas, y sus cimientos no están bastante firmes. A ejemplo de lo cual me persuadí de que no sería verdaderamente razonable que un particular se hiciese propósito de reformar un Estado, cambiándolo en él todo desde los cimientos, y derribándolo para volverlo a erigir; ni siquiera de reformar el cuerpo de las ciencias, o el orden establecido en las escuelas para enseñarlas; pero que, por lo que se refiere a todas las opiniones que yo había recibido hasta entonces en mi asentimiento, no podía hacer cosa mejor que empren-

der, de una vez, el sacarlas de él, a fin de poner luego en su lugar, u otras mejores, o bien las mismas, cuando las hubiera puesto a plomo de la razón. Y creí firmemente que, por este medio, lograría conducir mi vida mucho mejor que si no edificase más que sobre viejos cimientos, y que no me apoyase más que sobre los principios de que me había dejado persuadir en mi juventud, sin haber examinado jamás si eran verdaderos. Pues, aunque notase en ello diversas dificultades, no eran empero dificultades sin remedio, ni comparables a las que se encuentran en la reforma de las menores cosas que tocan a la república. Estos grandes cuerpos son demasiado difíciles de levantar de nuevo, cuando están derrumbados, ni siquiera de mantener en pie, cuando están quebrantados, y sus caídas no pueden ser más que muy rudas. Luego, por lo que se refiere a sus imperfecciones, si las tienen, como la sola diversidad que hay entre ellos, basta para asegurar que muchos las tienen, sin duda el uso las ha mitigado mucho; y hasta ha evitado o corregido insensiblemente copia de ellas, a las cuales no se podría proveer tan bien con la prudencia. Y en fin, tales imperfecciones son casi siempre más soportables de lo que lo sería su modificación: de la misma guisa que los caminos reales, que serpentean entre las montañas, se

vuelven poco a poco tan llanos y tan cómodos, a fuerza de ser transitados, que es mucho mejor seguirlos que intentar ir más derecho, trepando rocas arriba, y descendiendo hasta el fondo de los precipicios.

Es por lo que no acertaría en modo alguno a aprobar esos humores enredadores e inquietos, que, no estando llamados, ni por su nacimiento, ni por su buena fortuna, al manejo de los negocios públicos, no dejan nunca de hacer en ellos, en pensamiento, alguna nueva reforma. Y si creyese que había la menor cosa en este escrito, por la cual se pudiera sospechar de mí esta locura, muy pesaroso estaría de tolerar que se publicase. Jamás mi intención se ha extendido más allá de tratar de reformar mis propios pensamientos, y edificar sobre un terreno que es del todo mío. Si, habiéndome gustado bastante mi obra, os hago ver aquí el modelo, no por ello pretendo aconsejar a nadie imitarla. Aquellos a quienes Dios ha repartido mejor sus gracias, tendrán quizás intenciones más elevadas; mas harto me temo que ésta no sea ya sino demasiado temeraria para muchos. La sola decisión de deshacerse de todas las opiniones recibidas antes en el propio asentimiento, no es un ejemplo que cada cual deba seguir; y el mundo no está compuesto casi más que de dos suertes de espíritus a las cuales no

conviene en modo alguno. A saber, de aquellos que, creyéndose más aptos de lo que son, no pueden librarse de precipitar sus juicios, ni tener bastante paciencia para conducir con orden todos sus pensamientos: de donde viene el que, si se hubiesen tomado una vez la libertad de dudar de los principios que han recibido, y de apartarse del camino vulgar, jamás serían capaces de seguir el sendero que hay que tomar para ir más recto, y se quedarían perdidos toda la vida. Luego, de aquellos que, teniendo bastante sentido o modestia, para juzgar que son menos capaces de distinguir lo verdadero de lo falso, que algunos otros por los cuales pueden ser instruídos, deben antes bien contentarse con seguir las opiniones de estos otros, que buscar ellos mismos mejores.

Y por lo que se refiere a mí, habría sido sin duda del número de estos últimos, si no hubiese tenido nunca más que un solo maestro, o no hubiese sabido las diferencias que han existido en todo tiempo entre las opiniones de los más doctos. Mas habiendo aprendido, desde el colegio, que nada se acertaría a imaginar tan extraño y tan poco creíble, que no haya sido dicho por alguno de los filósofos; y después, al viajar, habiéndome percatado de que no todos aquellos que tienen sentimientos muy contrarios a los nuestros, son, por ello, bárbaros ni salvajes, sino que

muchos usan, tanto o más que nosotros, de la razón; y habiendo considerado cuán diferente llega a ser un mismo hombre, con su mismo ingenio, siendo educado desde su infancia entre franceses o alemanes, de lo que sería, si hubiese vivido siempre entre chinos o caníbales; y cómo, hasta en las modas de nuestros trajes, la misma cosa que nos ha gustado hace diez años, y que nos gustaría quizá aún dentro de diez años, nos parece ahora extravagante y ridícula: de suerte que son harto más la costumbre y el ejemplo quienes nos persuaden, que no ningún conocimiento cierto, y que no obstante la pluralidad de votos no es una prueba que valga nada por lo que se refiere a las verdades un poco difíciles de descubrir, a causa de que es mucho más verosímil que las haya encontrado un hombre solo que no todo un pueblo: no podía yo escoger a nadie cuyas opiniones me pareciesen deber ser preferidas a las de los demás, y me encontré como forzado a intentar yo mismo el conducirme.

Mas, como un hombre que marcha solo y en las tinieblas, me decidí a ir tan lentamente, y a usar de tanta circunspección en resolver todas las cosas, que, si no avanzaba sino muy poco, me guardaría bien, al menos, de caer. Ni siquiera quise empezar a rechazar del todo ninguna de las opiniones que se habían podido deslizar antaño

en mi asentimiento sin haber sido introducidas en él por la razón, antes de haber empleado tiempo bastante en hacer el proyecto de la obra que emprendía, y en buscar el verdadero método para llegar al conocimiento de todas las cosas de que mi ingenio fuese capaz.

. . . .

Y, en efecto, me atrevo a decir que la exacta observación de aquellos pocos preceptos que había escogido, me dio tal facilidad para desenredar todas las cuestiones a las cuales se extienden dichas dos ciencias, que en dos o tres meses que empleé en examinarlas, habiendo empezado por las más simples y más generales, y siendo cada verdad que encontraba una regla que me servía después para encontrar otras, no solamente di fin a muchas que había juzgado en otro tiempo muy difíciles, sino que me pareció también, hacia el final, que podía determinar, en aquellas mismas que ignoraba, por qué medios, y hasta dónde, era posible resolverlas. En lo que no os pareceré quizá ser demasiado vano, si consideráis que, no habiendo más que una verdad en cada cosa, todo el que la encuentra sabe de ella tanto como se puede saber; y que, por ejemplo, un niño instruído en la aritmética, habiendo hecho una adición según las reglas de ésta, puede estar seguro de haber encontrado, tocante a la suma que exa-

minaba, todo lo que el espíritu humano es capaz de encontrar. Pues, en conclusión, el método que enseña a seguir el verdadero orden, y a distinguir exactamente todas las circunstancias de aquello que se busca, contiene todo lo que da certidumbre a las reglas de la aritmética.

Pero lo que más me contentaba de aquel método, era que, con él, estaba seguro de usar en todo de mi razón, si no perfectamente, al menos lo mejor que estaba en mi poder; además de que sentía, practicándolo, que mi ingenio se acostumbraba poco a poco a concebir más netamente y más distintamente sus objetos, y que, no habiéndolo esclavizado a ninguna materia particular, me prometía aplicarlo tan útilmente a las dificultades de las demás ciencias, como había hecho a las del álgebra. No que, por ello, osase emprender desde el principio el examen de todas las ciencias que se presentasen; pues semejante cosa hubiese sido contraria al orden que el método prescribe. Mas, habiendo advertido que los principios de las ciencias están tomados todos de la filosofía, en la cual no los encontraba todavía ciertos, pensé que hacía falta, ante todo, que tratase de establecerlos en ella; y que, siendo esto la cosa más importante del mundo, y donde la precipitación y la prevención eran más de temer, no debía emprender el darle fin, hasta que no

hubiese alcanzado una edad harto más madura que la de veintitrés años, que tenía entonces; y hasta que hubiese empleado antes mucho tiempo en prepararme a ella, tanto desarraigando de mi ingenio todas las malas opiniones que había recibido en él antes de aquel tiempo, como haciendo copia de muchas experiencias, para ser después la materia de mis razonamientos, y ejercitándome siempre en el método que me había prescrito, a fin de afirmarme en él más y más.

TERCERA PARTE

Y en fin, como no es bastante, antes de comenzar a reedificar el alojamiento donde se habita, echarlo abajo, y hacer provisión de materiales y de arquitectos, o ejercitarse uno mismo en la arquitectura, y sobre esto haber trazado cuidadosamente el plano; sino que también hace falta haberse provisto de algún otro donde se pueda estar alojado cómodamente durante el tiempo que se trabaje en la reedificación; así, a fin de no permanecer irresoluto en mis acciones, mientras la razón me obligaría a serlo en mis juicios, y de no dejar de vivir desde entonces lo más felizmente que pudiera, me formé una moral a guisa de provisión, que no consistía más que en tres o cuatro máximas, que no quiero dejar de comunicaros.

La primera era obedecer a las leyes y a las costumbres de mi país, conservando firmemente la religión en la cual Dios me ha hecho la gracia de ser educado desde la infancia, y rigiéndome, en todas las demás cosas, por las opiniones más moderadas, y más alejadas del exceso, que estuviesen en general recibidas de hecho por los más sensatos de aquellos con los cuales tuviese que vivir. Pues, comenzando desde entonces a tomar por nada las más propias, a causa de que quería someterlas todas a examen, estaba seguro de no poder hacer cosa mejor que seguir las de los más sensatos. Y aun cuando haya quizá tan sensatos entre los persas o los chinos como entre nosotros, me parecía que lo más útil era dirigirme por aquellos con los cuales tuviese que vivir; y que, para saber cuáles eran verdaderamente sus opiniones, debía cuidarme más bien de lo que hacían que de lo que decían; no solamente a causa de que en medio de la corrupción de nuestras costumbres hay pocas gentes que quieran decir todo lo que creen, sino también a causa de que muchas lo ignoran ellas mismas; pues siendo la acción del pensamiento con la cual se cree una cosa, diferente de aquella con la cual se conoce que se la cree, existen a menudo la una sin la otra. Y entre varias opiniones igualmente recibidas, no escogía sino las más moderadas:

tanto a causa de que son siempre las más fáciles de practicar, y verosímilmente las mejores, acostumbrando todos los excesos ser malos; como también a fin de desviarme menos del verdadero camino, en caso de errar, que si, habiendo escogido uno de los extremos, hubiera sido el otro el que hubiese hecho falta seguir. Y, en particular, ponía entre los excesos todas las promesas con las cuales se menoscaba en algo la libertad propia. No es que desaprobase las leyes que, para poner remedio a la inconstancia de las almas débiles, permiten, cuando se tiene algún buen propósito, o incluso, para la seguridad del comercio, algún propósito que no es sino indiferente, que se hagan votos o contratos que obligan a perseverar en ellos; sino que a causa de que no veía en el mundo cosa alguna que permaneciese siempre en el mismo estado, y que, personalmente me prometía perfeccionar más y más mis juicios, y no hacerlos peores, hubiera pensado cometer una gran falta contra el buen sentido, si, porque aprobaba entonces alguna cosa, me hubiese obligado a seguir tomándola por buena más tarde, cuando quizá ella hubiese dejado de serlo, o yo hubiese dejado de estimarla tal.

Mi segunda máxima era ser lo más firme y lo más resuelto en mis acciones que pudiese, y no seguir con menos constancia las opiniones más dudosas, una vez que me hubiese determinado a

ello, que si hubiesen sido muy seguras. Imitando en esto a los viajeros que, encontrándose extraviados en una floresta, no deben errar volviéndose tan pronto a un lado, tan pronto a otro, ni menos aún detenerse en un lugar sino marchar siempre lo más derecho que puedan hacia un mismo lado, y no cambiarlo por flacas razones, aun cuando quizás no haya sido al comienzo sino el solo azar quien les haya decidido a escoger: pues, por este medio, si no van exactamente adonde desean, por lo menos llegarán al fin a alguna parte, donde probablemente estarán mejor que en medio de una floresta. Y así, no sufriendo a menudo demora alguna las acciones de la vida, es una verdad muy cierta que, cuando no está en nuestro poder discernir las opiniones más verdaderas, debemos seguir las más probables; e incluso, que aun cuando no advirtamos más probabilidad en unas que en otras, debemos no obstante decidirnos por algunas, y considerarlas desde entonces, ya no como dudosas, en tanto que se refieren a la práctica, mas como muy verdaderas y muy ciertas, a causa de que la razón que nos ha hecho decidirnos por ellas resulta tal. Y esto fue bastante desde entonces para librarme de todos los arrepentimientos y los remordimientos que acostumbran agitar las conciencias de esos espíritus débiles y claudicantes, que se dejan ir

sin constancia a practicar, como buenas, las cosas que juzgan después ser malas.

Mi tercera máxima era de tratar siempre más bien de vencerme que de vencer a la fortuna, y de cambiar mis deseos que cambiar el orden del mundo; y en general, de acostumbrarme a creer que no hay nada que esté enteramente en nuestro poder, salvo nuestros pensamientos, de suerte que después de haber hecho lo posible, tocante a las cosas que nos son exteriores, todo lo que deja de salirnos bien es, a nuestro respecto, absolutamente imposible. Y esto solo me parecía ser suficiente para impedirme desear en lo porvenir nada que no adquiriese, y así para ponerme contento. Pues no inclinándose naturalmente nuestra voluntad a desear más que las cosas que nuestro entendimiento le presenta de alguna manera como posibles, es cierto que, si consideramos todos los bienes que están fuera de nosotros como igualmente alejados de nuestro poder, no tendremos más pesadumbres por carecer de aquellos que parecen debidos a nuestra cuna, cuando seamos privados de ellos sin culpa nuestra, de lo que las tenemos por no poseer los reinos de la China o de México; y que haciendo, como se dice, de la necesidad virtud, no desearemos más estar sanos, estando enfermos, o estar libres, estando en prisión, de lo que deseamos ahora tener cuerpos de

una materia tan poco corruptible como los diamantes, o alas para volar como los pájaros. Mas confieso que en menester de un largo ejercicio, y de una meditación frecuentemente reiterada, para acostumbrarse a mirar por este sesgo todas las cosas; y creo que es principalmente en esto en lo que consistía el secreto de aquellos filósofos que pudieron antaño sustraerse al imperio de la fortuna y, a pesar de los dolores y la pobreza, rivalizar en la felicidad con sus dioses. Pues, ocupándose sin cesar en considerar los límites que les estaban prescritos por la naturaleza, se persuadían tan perfectamente de que nada estaba en su poder salvo sus pensamientos, que esto solo era suficiente para impedirles tener afección alguna por otras cosas; y disponían de ellas tan absolutamente, que algo de razón tenían en estimarse más ricos, y más poderosos, y más libres, y más felices, que ninguno de los demás hombres que, no teniendo esta filosofía, por favorecidos de la naturaleza y de la fortuna que puedan ser, no disponen jamás así de todo lo que quieren.

En fin, como conclusión de esta moral, me preocupé de hacer una revisión de las diversas ocupaciones que tienen los hombres en esta vida, para tratar de elegir la mejor; y sin pretender decir nada de las de los demás, pensé que no podía hacer nada mejor que continuar en aquella

misma en que me encontraba, es decir, que emplear toda mi vida en cultivar mi razón, y avanzar, tanto como pudiese, en el conocimiento de la verdad, según el método que me había prescrito. Había experimentado tan extremos contentos, desde que había empezado a servirme de este método, que no creía que se pudiesen recibir más gratas, ni más inocentes, en esta vida; y descubriendo todos los días por su medio algunas verdades, que me parecían bastante importantes, e ignoradas por el común de los demás hombres, la satisfacción que tenía por ello llenaba de tal manera mi espíritu, que el resto entero no me afectaba. Sobre que las tres máximas precedentes no estaban fundadas más que sobre el designio que tenía de continuar instruyéndome: pues habiéndonos dado Dios a cada uno alguna luz para discernir lo verdadero de lo falso, no hubiese creído deber contentarme con las opiniones ajenas un solo momento, si no me hubiese propuesto emplear mi propio juicio en examinarlas, cuando fuese tiempo; y no hubiese sabido librarme de escrúpulos, siguiéndolas, si no hubiese esperado no perder por ello ninguna ocasión de encontrar otras mejores, en caso de que las hubiese. Y en fin no hubiese sabido limitar mis deseos, ni estar contento, si no hubiese seguido un camino por el cual, pensando estar seguro de la adquisición

de todos los conocimientos de que yo fuese capaz, pensaba estarlo, por el mismo medio, de la de todos los verdaderos bienes que estuviesen jamás en mi poder; tanto más cuanto que, no inclinándose nuestra voluntad a perseguir ni a huir ninguna cosa, sino según que nuestro entendimiento se la represente buena o mala, basta juzgar bien, para obrar bien, y juzgar lo mejor que se pueda, para obrar también todo lo mejor, es decir, para adquirir todas las virtudes, y juntamente todos los demás bienes, que se pueda adquirir; y cuando se está cierto de que es así, no se sabría dejar de estar contento.

Después de haberme asegurado así estas máximas, y de haberlas puesto aparte, con las verdades de la fe, que han sido siempre las primeras en que he creído, juzgué que, en cuanto a todo el resto de mis opiniones, podía intentar libremente deshacerme de ellas. Y dado que como esperaba poder llevar a cabo el intento mejor tratando con los hombres que siguiendo más tiempo encerrado en la estufa donde había tenido todos estos pensamientos, aun no había acabado del todo el invierno cuando me puse a viajar otra vez. Y en los nueve años enteros siguientes, no hice otra cosa que andar rodando acá y allá por el mundo, tratando de ser espectador más bien que actor en todas las comedias que en él se

representan; y reflexionando en cada materia en particular sobre lo que podía hacerla sospechosa y darnos ocasión de equivocarnos, iba desarraigando de mi ingenio todos los errores que en él se hubiesen podido deslizar antes. No es que por ello imitase a los escépticos, que no dudan más que por dudar, y afectan estar siempre irresolutos: pues, al contrario, todos mis designios no tendían más que a cerciorarme, y a echar lejos la tierra movediza y la arena, para encontrar la roca o la arcilla. Lo que me salía, a lo que me parece, bastante bien, tanto más cuanto que, tratando de descubrir la falsedad o la incertidumbre de las proposiciones que examinaba, no por medio de débiles conjeturas, sino por medio de razonamientos claros y certeros, no encontraba ninguna tan dudosa, que no sacase nunca de ella alguna conclusión bastante cierta, aun cuando no hubiese sido más que ésta misma, de que no contenía nada de cierto. Y como al derribar una vieja casa, se guardan ordinariamente sus escombros para utilizarlos edificando una nueva, así, al destruir todas aquellas de mis opiniones que juzgaba estar mal fundadas, hacía diversas observaciones y acumulaba muchas experiencias, que me han servido después para establecer otras más ciertas. Y, además, continuaba ejercitándome en el método que me había prescrito; pues, sobre que tenía cuidado

de conducir en general todos mis pensamientos según sus reglas, me reservaba de tiempo en tiempo algunas horas que empleaba en particular en practicarlo sobre dificultades de matemáticas, o incluso en algunas otras que podía hacer casi semejantes a las de las matemáticas, desprendiéndolas de todos los principios de las demás ciencias, que no encontraba bastante firmes, como veréis que he hecho con muchas que están explicadas en este volumen. Y así, sin vivir de otro modo, en apariencia, que aquellos que, no teniendo ninguna ocupación más que la de pasar una vida grata e intachable, se esfuerzan por separar los placeres de los vicios, y que, para gozar de su ocio sin tedio, usan de todos los entretenimientos que son decentes, no dejaba de perseverar en mi propósito, ni de progresar en el conocimiento de la verdad, acaso más que si no hubiese hecho más que leer libros, o cultivar a hombres de letras.

Con todo, transcurrieron dichos nueve años sin haber tomado aún partido alguno tocante a las dificultades que es costumbre disputar entre los doctos, ni empezado a buscar los fundamentos de ninguna filosofía más cierta que la vulgar. Y el ejemplo de muchos excelentes ingenios, que habiendo tenido antes este propósito, me parecían no haber logrado realizarlo, me hacía imaginarle tan difícil, que quizá no hubiera osado emprender

tan pronto aún su realización, si no hubiese visto que algunos hacían correr ya el rumor de que la había llevado a cabo. No sabré yo decir en qué fundaban esta opinión; y si contribuí a ella en algo con mis discursos, ha de haber sido confesando lo que ignoraba más ingenuamente de lo que tienen costumbre de hacer los que han estudiado un poco, y quizá también haciendo ver las razones que tenía para dudar de muchas cosas que los demás estiman ciertas, más bien que jactándome de ninguna doctrina. Pero teniendo el corazón lo bastante grande para no querer que se me tomase por quien no era, pensé que hacía falta que tratase, por todos los medios, de hacerme digno de la reputación que se me daba; y hace justamente ocho años que este deseo me hizo resolverme a alejarme de todos los lugares donde podía tener conocimientos, y a retirarme aquí, en un país donde la larga duración de la guerra ha hecho establecer tales ordenanzas, que los ejércitos que en él se mantienen no parecen servir más que para hacer que se goce de los frutos de la paz con tanta más seguridad, y donde entre la masa de una gran muchedumbre muy activa, y más cuidadosos de sus propios negocios que curiosos de los ajenos, sin carecer de ninguna de las comodidades que existen en las ciudades más

populosas, he podido vivir tan solitario y retirado como en los desiertos más remotos.

. . . .

QUINTA PARTE

Mucho me gustaría proseguir, y hacer ver aquí toda la cadena de las demás verdades que deduje de estas primeras. Mas, a causa de que, a este fin, haría falta ahora que hablase de muchas cuestiones que son controvertidas entre los doctos, con los cuales no deseo en modo alguno entrar en conflicto, creo que será mejor que me abstenga de hacerlo, y que diga solamente en general cuáles son estas cuestiones, para dejar al juicio de los más prudentes decidir si sería útil que el público fuese informado de ellas con más detalle. Siempre he permanecido firme en la resolucion que había tomado, de no suponer ningún otro principio que aquel de que acabo de servirme para demostrar la existencia de Dios y del alma, y de no recibir por verdadera cosa alguna que no me pareciese más clara y más cierta de lo que me habían parecido anteriormente las demostraciones de los geómetras. Y sin embargo, oso decir que no solamente encontré medio de quedar satisfecho en poco tiempo, tocante a todas las principales

dificultades de que se acostumbra tratar en la filosofía, sino también que he descubierto ciertas leyes, que Dios ha establecido en la naturaleza de tal suerte, y de que ha impreso en nuestras almas nociones tales, que después de haber reflexionado suficientemente sobre ellas, no seremos capaces de dudar de que sean exactamente observadas en todo lo que existe o se hace en el mundo. Luego, considerando la serie de estas leyes, me parece haber descubierto verdades más útiles y más importantes de todo lo que había aprendido anteriormente o hasta esperado aprender.

Mas puesto que he intentado explicar las principales de ellas en un tratado que algunas consideraciones me impiden publicar, no se me ocurre medio mejor de darlas a conocer que decir aquí sumariamente lo que él contiene. Mi designio fue encerrar en él todo lo que yo creía saber, antes de escribirlo, tocante a la naturaleza de las cosas materiales.

. . . .

SEXTA PARTE

Pues bien, hace ahora tres años que había llegado al fin del tratado que contiene todas estas

cosas, y que empezaba a revisarlo, a fin de ponerlo entre las manos de un impresor, cuando supe que personas a quienes respeto y cuya autoridad casi no puede menos sobre mis acciones que mi propia razón sobre mis pensamientos, habían desaprobado una opinión de física, publicada poco antes por otro, de la que no quiero decir que fuese yo, sino simplemente que no había notado en ella, antes de la censura de aquellas personas, nada que se me pudiese ocurrir fuera perjudicial ni a la religión ni al Estado, ni, por consiguiente, que me hubiese impedido escribirla, si la razón me hubiese convencido de ella, y esto me hizo temer se encontrase igualmente alguna entre las mías en la que me hubiese equivocado, no obstante el gran cuidado que he tenido siempre de no recibirlas en mi asentimiento nuevas, sin tener de ellas demostraciones muy ciertas, y de no escribirlas sin estar seguro de que no podían dañar a nadie. Lo que fue bastante para obligarme a dejar la resolución que había tomado de publicarlas. Pues, aunque las razones por las cuales la había tomado anteriormente fuesen muy fuertes, mi inclinación, que me ha hecho odiar siempre el oficio de hacer libros, me hizo incontinente encontrar otras muchas para excusarme de cumplirla. Y estas razones en pro y en contra son tales, que no solamente tengo

aquí algún interés en decirlas, sino que es posible que también lo tenga el público de saberlas.

Yo no he hecho jamás mucho caso de las cosas nacidas de mi ingenio, y mientras no recogí otros frutos del método de que me sirvo sino el satisfacerme tocante a algunas dificultades pertenecientes a las ciencias especulativas, o el tratar de regular mis costumbres por las razones que él me enseñaba, no me creí obligado a escribir nada acerca de él. Pues, por lo que toca a las costumbres, cada cual abunda tanto en su opinión que puede que hubiese tantos reformadores como cabezas, si fuese lícito a otros que a aquellos a quienes instituyó Dios por soberanos de los pueblos, o bien a aquellos a quienes dio celo y gracia bastante para ser profetas, el emprender cambiar nada en ellos; y aunque mis especulaciones me gustasen mucho, creía que los demás tenían otras que quizá les gustaban más. Pero, tan pronto como adquirí algunas nociones generales tocantes a la física, y empezando a ponerlas a prueba en varias dificultades particulares, me di cuenta de hasta dónde pueden llevar, y cuánto difieren de los principios de que se ha usado hasta el presente, creí que no podía mantenerlas ocultas, sin pecar grandemente contra la ley que nos obliga a procurar, en la medida en que esté en nuestro poder, el bien general de todos los hombres. Pues me

hicieron ver que es posible llegar a conocimientos que sean muy útiles para la vida, y que en lugar de esta filosofía especulativa que se enseña en las escuelas, se puede encontrar una práctica, por la que conociendo la fuerza y las acciones del fuego, del agua, del aire, de los astros, de los cielos y de todos los demás cuerpos que nos rodean, tan distintamente como conocemos los diversos oficios de nuestros artesanos, podríamos emplearlos de la misma manera en todos los usos para los que son propios, y hacernos así como dueños y señores de la naturaleza. Lo que no es sólo de desear para la invención de una infinidad de artificios, que harían que se gozase, sin trabajo alguno, de los frutos de la tierra y de todas las comodidades que se encuentran en ésta, sino también, y principalmente, para la conservación de la salud, la cual es sin duda alguna el primer bien y el fundamento de todos los demás bienes de esta vida; pues incluso el espíritu depende tanto del temperamento y de la disposición de los órganos del cuerpo que, si es posible encontrar algún medio que haga al común de los hombres más juiciosos y más hábiles de lo que lo han sido hasta aquí, creo que es en la medicina donde se debe buscar. Es verdad que la que ahora está en uso contiene pocas cosas cuya utilidad sea tan notable; pero, sin que yo tenga deseo alguno de

despreciarla, estoy seguro de que no hay nadie, ni siquiera entre los que la profesan, que no confiese que todo lo que se sabe en ella es casi nada, en comparación de lo que en ella queda por saber, y que cabría eximirse de una infinidad de enfermedades, tanto del cuerpo como del alma, y quizá hasta de la debilitación de la vejez, si se tuviese un conocimiento suficiente de sus causas, y de todos los remedios de que nos ha provisto la naturaleza. Pues bien, teniendo propósito de emplear toda mi vida en la busca de una ciencia tan necesaria, y habiendo encontrado un camino que me parece tal que infaliblemente se tiene que encontrarla, siguiéndolo, a menos de ser impedido, o por la brevedad de la vida, o por la falta de experiencias, juzgaba que no había mejor remedio contra estos dos impedimentos, que comunicar fielmente al público todo lo poco que había yo encontrado, y convidar a los buenos ingenios a tratar de ir más adelante, contribuyendo, cada cual según su inclinación y su poder, a las experiencias que habría que hacer, y también comunicando al público todas las cosas que llegasen a conocer, a fin de que empezando los últimos donde hubiesen acabado los precedentes, y juntando así las vidas y los trabajos de muchos, fuésemos todos juntos mucho más lejos de lo que sería capaz de hacerlo cada uno en particular.

Incluso observaba, tocante a las experiencias, que son tanto más necesarias cuanto más avanzado se está en el conocimiento. Pues, al comienzo, vale más no servirse sino de aquellas que se presentan por sí mismas a nuestros sentidos, y que no seríamos capaces de ignorar, con tal que hiciésemos por poco que fuese de reflexión sobre ellas, que no buscar otras más raras y estudiadas: de lo que la razón es que estas más raras engañan a menudo, cuando no se saben aún las causas de las vulgares, y que las circunstancias de que dependen son casi siempre tan especiales y tan pequeñas que es muy difícil advertirlas. Pero el orden que yo he guardado en esto ha sido el siguiente. Primeramente, traté de encontrar en general los principios, o primeras causas, de todo lo que existe, o que puede existir en el mundo, sin considerar, a este efecto, nada más sino Dios solo, que lo creó, ni sacarlos de otra parte que de ciertas simientes de verdades que existen naturalmente en nuestras almas. Tras esto, examiné cuáles eran los primeros y más ordinarios efectos que se podían deducir de estas causas: y me parece que, por aquí, encontré unos cielos, unos astros, una Tierra, e incluso, sobre la Tierra, agua, aire, fuego, minerales, y algunas otras cosas semejantes, que son las más comunes de todas y las más simples, y por consiguiente las más

fáciles de conocer. Luego, cuando quise descender a las que eran más particulares, se me presentaron tan diversas, que no creí que fuese posible al espíritu humano distinguir las formas o especies de cuerpos que hay sobre la Tierra de una infinidad de otras que podría haber sobre ella, si ponerlos sobre ella hubiera sido la voluntad de Dios, ni, por consiguiente, referirlos a nuestro uso, si no se viene a las causas por los efectos, sirviéndose de muchas experiencias particulares. A continuación de lo cual, paseando mi memoria por todos los objetos que se habían presentando a mis sentidos, me atrevo a decir que no advertí en ellos cosa alguna que no pudiese explicar bastante fácilmente por los principios que había encontrado. Pero también hace falta que confiese, que el poder de la naturaleza es tan amplio y tan vasto, y que estos principios son tan simples y tan generales, que no observo ya casi ningún efecto particular, que desde el primer momento no conozca que puede ser deducido de ellos de nuestras maneras diferentes, y que mi mayor dificultad es de ordinario encontrar de cuál de estas maneras depende de ellos. Pues para esto no sé de otro expediente, que de buscar de nuevo algunas experiencias, que sean tales, que su resultado no sea el mismo, si se debe explicarlo de una de las maneras, que si de otra. Por

lo demás, me encuentro ahora en este punto, que veo, me parece, bastante bien qué sesgo hay que tomar para hacer la mayor parte de las que pueden servir a este efecto; pero también veo que son tales, y en tan gran número, que ni mis manos, ni mi renta, aunque tuviese mil veces más de la que tengo, podrían bastarme para todas; de suerte que, según que tenga en adelante la facilidad de hacer más o menos, también avanzaré más o menos en el conocimiento de la naturaleza. Lo que me prometía dar a conocer, por medio del tratado que había escrito, mostrando en él tan claramente la utilidad que el público puede recibir de ello, que obligase a todos los que desean en general el bien de los hombres, es decir, todos los que son en efecto virtuosos, y no por hipocresía, ni solamente por opinión, tanto a comunicarme las que ya hayan hecho, como a ayudarme en la busca de las que quedan por hacer.

Mas desde aquel tiempo he tenido otras razones, que me han hecho cambiar de opinión, y pensar que verdaderamente debía continuar escribiendo todas las cosas que juzgase de alguna importancia, a medida que descubriese su verdad, y poniendo en ellas el mismo cuidado que si quisiera hacerlas imprimir: así a fin de tener tanto mayor ocasión de examinarlas bien, pues sin duda se mira siempre más de cerca lo que se cree

que ha de ser visto por muchos, que no lo que se hace para uno mismo, y a menudo las cosas que me parecían verdaderas, al empezar a concebirlas, me parecieron falsas, al querer ponerlas en el papel: como a fin de no perder ocasión alguna de aprovechar al público, si soy capaz de ello, y de que, si mis escritos valen algo, quienes los tengan después de mi muerte puedan usar de ellos según sea más adecuado; pero que no debía consentir en modo alguno en que fuesen publicados durante mi vida, a fin de que ni las oposiciones y controversias, a que quizá estarían sujetos, ni siquiera la reputación, cualquiera que fuese, que me pudiesen adquirir, me diesen ocasión alguna de perder el tiempo que tengo el designio de emplear en instruirme. Porque, aunque sea verdad que todo hombre está obligado a procurar, hasta donde esté en su poder, el bien de los demás, y que es realmente no valer nada el no ser útil a nadie, empero también es verdad que nuestros cuidados deben extenderse más allá del tiempo presente, y es bueno omitir las cosas que quizá acarrearían algún provecho a los que viven, cuando es con el designio de hacer otras que acarreen más a nuestros nietos. Pues, en efecto, no tengo dificultad en declarar que lo poco que he aprendido hasta aquí es casi nada, en comparación de lo que ignoro, y no desespero de

poder aprender; porque con aquellos que descubren poco a poco la verdad en las ciencias pasa casi lo mismo que con aquellos a quienes, empezando a hacerse ricos, les cuesta menos trabajo hacer grandes adquisiciones que el que les costó antes, siendo más pobres, hacerlas mucho menores. O bien cabe compararlos a los jefes de ejército, cuyas fuerzas suelen crecer en proporción de sus victorias, y tienen necesidad de más habilidad, para sostenerse tras de perder una batalla, que la que tienen, después de haberla ganado, para tomar ciudades y provincias. Porque es verdaderamente dar batallas, tratar de vencer todas las dificultades y los errores que nos impiden llegar al conocimiento de la verdad, y es perder una, recibir una opinión falsa, tocante a una materia un poco general e importante; es menester, después, mucho más destreza, para volver a ponerse en la misma situación en que se estaba antes, que la que es menester para hacer grandes progresos, cuando se tienen ya principios que son seguros. Por lo que a mí respecta, si he encontrado hasta aquí algunas verdades en las ciencias (y espero que las cosas que están contenidas en este volumen harán juzgar que he encontrado algunas), sé decir que no son sino consecuencias y derivaciones de cinco o seis dificultades principales que he superado, y que

cuento por otras tantas batallas en que tuve a la fortuna de mi lado. Hasta me atrevo a decir que pienso no tener necesidad de ganar sino dos o tres semejantes para venir enteramente al cabo de mis designios; y que mi edad no es tan avanzada como para que, con arreglo al curso ordinario de la naturaleza, no pueda tener aún ocio bastante para este efecto. Pero creo estar tanto más obligado a administrar bien el tiempo que me quede, cuanto más esperanza tengo de poder emplearlo bien; y sin duda tendría muchas ocasiones de perderlo, si publicase los fundamentos de mi física. Porque, aunque sean casi todos tan evidentes, que no haga falta sino oirlos para creerlos, y no haya ninguno de que no piense poder dar demostraciones, con todo, a causa de ser imposible que estén acordes con todas las diversas opiniones de los demás hombres, preveo que me distraerían a menudo las oposiciones que harían nacer.

Cabe decir que estas oposiciones serían útiles, tanto a fin de hacerme conocer mis faltas, como a fin de que, si hubiese en mí algo bueno, los demás lo comprendiesen mejor por este medio, y, como muchos pueden ver más que un hombre solo, empezando desde ahora a servirse de ello, me ayudasen así también con sus invenciones.

Mas, aunque me reconozca extremadamente sujeto al error, y no me fíe casi nunca a los primeros pensamientos que me vienen, con todo la experiencia que tengo de las objeciones que pueden hacérseme, me impide esperar de ellas provecho alguno: pues ya he hecho a menudo la prueba de los juicios, tanto de aquellos a quienes tuve por amigos míos, como de otros a quienes pensaba ser indiferente, y hasta de algunos de cuya malignidad y envidia estaba seguro que harto tratarían de poner al descubierto lo que el afecto escondería a mis amigos; mas raramente ha sucedido que se me haya objetado algo que yo no hubiese previsto en absoluto, a no ser que fuese algo muy alejado de mi asunto; de suerte que casi nunca he encontrado censor alguno de mis opiniones, que no me pareciese ya menos riguroso, ya menos equitativo que yo mismo. Y tampoco he observado nunca que, por medio de las disputas que se practican en las escuelas, se haya descubierto verdad alguna que se ignorase anteriormente; pues, en tanto que cada cual trata de vencer, se pone el ejercicio mucho más en hacer valer la verosimilitud, que en pesar las razones de una y otra parte; y los que han sido largo tiempo buenos abogados no son por ello, más tarde, mejores jueces.

Por lo que se refiere a la utilidad que los demás recibirían de la comunicación de mis pensamientos, tampoco podría ser muy grande, dado que aún no los he llevado tan lejos, que no sea menester añadirles muchas cosas antes de aplicarlos al uso. Y creo poder decir, sin vanidad, que si hay alguien capaz de hacerlo, más bien seré yo que no ningún otro: no porque no pueda haber en el mundo muchos ingenios incomparablemente mejores que el mío; sino porque no es posible concebir una cosa, y hacerla propia, tan bien cuando se aprende de otro, como cuando se la inventa por sí mismo. Lo que es tan cierto en esta materia, que, bien que haya explicado con frecuencia algunas de mis opiniones a personas de excelente ingenio, y que, mientras les hablaba, parecían entenderlas perfectamente, sin embargo, cuando las han repetido, he observado que las habían cambiado casi todas de tal suerte que ya no podía reconocerlas por mías. Ocasión que aprovecharé para rogar aquí a nuestros nietos no crean jamás que vengan de mí las cosas que les digan, cuando no las haya divulgado yo mismo. Y no me asombro en modo alguno de las extravagancias que se atribuyen a todos esos antiguos filósofos cuyos escritos no tenemos, ni pienso, por ello, que sus ideas hayan sido poco razonables, visto que eran de los mejores ingenios de

su tiempo, sino sólo que nos las han trasmitido mal. Como quiera que también se ve que casi nunca ha sucedido que alguno de sus sectarios les haya aventajado; y seguro estoy de que los más apasionados entre aquellos que siguen ahora a Aristóteles, se creerían dichosos si tuviesen tanto conocimiento de la naturaleza como él tuvo, aun cuando fuese a condición de no tener más nunca. Son éstos como la hiedra, que no tiende a subir más arriba de los árboles que la sostienen, y que incluso vuelve a menudo a descender, después de haber llegado hasta la cima de ellos; pues me parece que también vuelven a descender, es decir, se vuelven en cierta manera menos sabios que si se abstuviesen de estudiar, aquellos que no contentos con saber todo lo explicado inteligiblemente en su autor, quieren, encima, encontrar en él la solución de muchas dificultades de las que no dice nada y en las que quizá no pensó jamás. Con todo, su manera de filosofar es muy cómoda, para los que no tienen sino ingenios muy mediocres; pues la oscuridad de las distinciones y de los principios de que se sirven, es causa de que puedan hablar de todas las cosas tan audazmente como si las supiesen, y sostener todo lo que dicen contra los más sutiles y los más hábiles, sin que haya medio de convencerlos. En lo que me parecen semejantes a un ciego que,

para batirse sin desventaja contra uno que ve, le hubiese hecho ir al fondo de una cueva muy oscura; y puedo decir que estos tales tienen interés en que me abstenga de publicar los principios de filosofía de los que me sirvo: pues siendo, como son todos, muy simples y muy evidentes, haría exactamente lo mismo, publicándolos, que si abriese unas ventanas, e hiciese entrar luz en esta cueva, adonde han bajado para batirse. Mas ni siquiera los ingenios mejores tienen motivo para desear conocerlos: pues, si quieren saber hablar en todas las cosas y adquirir la reputación de ser doctos, lo conseguirán más fácilmente contentándose con la verosimilitud, que puede encontrarse sin gran trabajo en todas suertes de materias, que buscando la verdad, que no se descubre si no poco a poco en algunas, y que, cuando se trata de hablar de las demás, obliga a confesar francamente que se las ignora. Porque si prefieren el conocimiento de unas pocas verdades a la vanidad de parecer no ignorar nada, como sin duda es harto preferible, y si quieren perseguir un propósito semejante al mío, no tienen necesidad, para ello, de que les diga nada más de lo que ya he dicho en este discurso. Pues, si son capaces de ir más allá de lo que yo lo he hecho, también lo serán, con mayor razón, de encontrar por sí mismos todo lo que pienso haber

encontrado. Tanto más cuanto que, no habiendo examinado yo jamás nada sino por orden, es seguro que lo que me queda aún por descubrir, es de suyo más difícil y más escondido, que lo que he podido encontrar hasta aquí, y tendrían harto menos gusto en aprenderlo de mí que por sí mismos; además de que el hábito que adquirirán buscando primero cosas fáciles, y pasando poco a poco por grados a otras más difíciles, les servirá más que cuanto pudieran hacer todas mis enseñanzas. Como, por lo que a mí se refiere, estoy persuadido de que, si me hubiesen enseñado, desde la juventud, todas las verdades cuyas demostraciones he buscado más tarde, y no me hubiese costado trabajo alguno el conocerlas, quizá no habría sabido nunca ninguna más, o por lo menos no habría adquirido nunca el hábito y la facilidad, que creo tener, para encontrar siempre otras nuevas, a medida que me aplico a buscarlas. Y en una palabra, si hay obra en el mundo que no pueda ser acabada tan bien por nadie como por el mismo que la empezó, es ésta en la que aquí trabajo.

Verdad es que, por lo que toca a las experiencias que pueden serle útiles, un hombre solo no podría bastar para hacerlas todas; pero tampoco podría emplear útilmente más manos que las suyas, sino las de los artesanos, o gentes tales que

pudiese pagarlas, y a quienes la esperanza del lucro, que es un medio muy eficaz, haría hacer exactamente todas las cosas que se les prescribiesen. Pues, por lo que toca a los voluntarios, que, por curiosidad o deseo de aprender, quizá se ofreciesen a ayudarle, a más de que de ordinario prometen más de lo que cumplen, limitándose a hacer bellas proposiciones de las que jamás resulta nada, querrían infaliblemente ser pagados con la explicación de algunas dificultades, o al menos con cumplidos y conversaciones inútiles, que no podrían costarle tan poco tiempo que no lo perdiese. Y por lo que toca a las experiencias hechas ya por los demás, aun suponiendo que ellos quisieran comunicárselas, lo que no harían jamás quienes las llaman secretos, están, por la mayor parte, compuestas de tantas circunstancias, o de ingredientes superfluos, que le sería muy difícil descifrar la verdad que hubiese en ellas; a más de que las encontraría casi todas tan mal explicadas, o incluso tan falsas, a causa de que quienes las han hecho se han esforzado por hacerlas parecer conformes a sus principios que, de haber algunas que le sirviesen, no llegarían, repito, a valer el tiempo que le haría falta emplear en escogerlas. De suerte que, si hubiese en el mundo alguien, de quien se supiese con seguridad que era capaz de encontrar las más grandes

cosas y las más útiles al público que pueda haber, y a quien por esta causa, los demás hombres se esforzasen, con todas sus fuerzas, por ayudarle a venir al cabo de sus designios, no veo que pudiesen hacer por él más cosa que sufragar los gastos de las experiencias de que ha menester, y, en lo restante, impedir que sus ocios no le fuesen quitados por la importunidad de nadie. pero, a más de que no presumo tanto acerca de mí, como para osar pretender prometer nada de extraordinario, ni me alimento de tan vanos pensamientos, como para imaginar que el público deba interesarse mucho por mis designios, tampoco tengo el alma tan baja, como para consentir en aceptar de quien quiera que fuese favor alguno del que se pudiera creer que no lo había merecido.

Todas estas consideraciones juntas fueron causa, hace tres años, de que ya no quisiera divulgar el tratado que tenía entre las manos, y hasta de que tomase la resolución de no dejar ver ningún otro, en toda mi vida, que fuese tan general, ni por el que se pudieran conocer los fundamentos de mi física. Mas ha habido después de nuevo otras dos razones, que me han obligado a poner aquí algunos ensayos particulares, y dar al público alguna cuenta de mis acciones y de mis designios. La primera es que, si dejaba de hacerlo, muchos, que sabían la intención que había tenido

antes de dar a la imprenta algunos escritos, podrían imaginarse que las causas por las cuales me abstengo de hacerlo eran más en descrédito mío de lo que lo son. Pues, aunque yo no ame la gloria con exceso, o incluso, si oso decirlo, la odio, en tanto que la juzgo contraria a mi tranquilidad, que estimo sobre todas las cosas, sin embargo tampoco he tratado nunca de ocultar mis acciones como crímenes, ni he usado de muchas precauciones para permanecer ignorado; tanto a causa de que hubiera creído hacerme un tuerto, como a causa de que ello me hubiera dado cierta especie de inquietud, que hubiese sido a su vez contraria al perfecto reposo de espíritu que busco. Y porque, habiéndome mantenido siempre así indiferente entre el cuidado de ser conocido y el de no serlo, no he podido impedir el que adquiriese cierta suerte de reputación, he pensado que debía hacer lo posible por librarme al menos de tenerla mala. La otra razón, que me ha obligado a escribir esto, es que, viendo todos los días más y más el retraso que sufre el designio que tengo de instruirme, a causa de una infinidad de experiencias de que he menester, y que es imposible que haga sin la ayuda ajena, aunque no me lisonjeé tanto como para esperar que el público participe gran cosa de mis intereses, sin embargo tampoco quiero tener tan es-

casa confianza en mí mismo, como para dar a los que me sobrevivan motivo para reprocharme un día el haberles podido dejar muchas cosas mejores de las que les hubiese dejado, si no hubiese descuidado el darles a entender en qué podían contribuir a mis designios.

Y he pensado que me era fácil escoger algunas materias que, sin estar sujetas a muchas controversias, ni obligarme a declarar de mis principios más de lo que deseo, no dejarían de hacer ver con bastante claridad aquello de que soy o no soy capaz en las ciencias. En lo que no sabría decir si he acertado, ni quiero adelantarme a los juicios de nadie, hablando yo mismo de mis escritos; antes mucho me placerá que se los examine, y a fin de que se tenga tanto mayor ocasión de hacerlo, suplico a todos aquellos que encuentren objeciones que hacerles, se tomen la pena de enviarlas a mi editor, informado por el cual de ellas, trataré de añadir mi respuesta al mismo tiempo; y por este medio los lectores, viendo juntas una y otra, juzgarán tanto más fácilmente de la verdad. Pues prometo no dar jamás largas respuestas, sino solamente confesar mis yerros con toda franqueza, si los veo, o bien, si no consigo percibirlos, decir simplemente lo que crea requerido para la defensa de las cosas que tenga escritas, sin añadir la explicación de ninguna ma-

teria nueva, a fin de no engolfarme sin fin de una en otra.

Si algunas de aquellas de que hablo, al comienzo de la Dióptrica y de los Meteoros, extrañan al pronto, a causa de que las llamo suposiciones, y de que no parezco tener intención alguna de probarlas, téngase la paciencia de leerlo todo con atención, y espero que se quedará satisfecho. Pues paréceme que las razones se siguen unas a otras de tal suerte que, así como las últimas están demostradas por las primeras, que son sus causas, estas primeras lo están recíprocamente por las últimas, que son sus efectos. Y no se debe figurarse que cometo en esto la falta que los lógicos llaman círculo; pues haciendo la experiencia muy ciertos la mayoría de estos efectos, las causas de que los deduzco no sirven tanto para probarlos como para explicarlos, antes, todo lo contrario, son ellas las probadas por ellos. Y no las he llamado suposiciones, sino a fin de que se sepa que pienso poder deducirlas de estas primeras verdades que he explicado más arriba, pero que expresamente no he querido hacerlo, para impedir que ciertos ingenios, que se figuran saber en un día cuanto otro ha pensado en veinte años, tan pronto como les ha dicho solamente dos o tres palabras de ello, y que están tanto más expuestos a errar, y son tanto menos capaces de

la verdad, cuanto más perspicaces y vivos son, pudieran encontrar en ello ocasión de edificar alguna filosofía extravagante sobre los que crean ser mis principios, y se me atribuye el yerro. Pues, por lo que se refiere a las opiniones del todo mías, no las disculpo por nuevas, dado que, si se consideran bien las razones de ellas, estoy seguro de que se las encontrará tan simples y tan conformes al sentido común, que parecerán menos extraordinarias y menos extrañas, que otras cualesquiera que se puedan tener sobre los mismos asuntos. Ni tampoco me jacto de ser el primer inventor de ninguna, sino de no haberlas recibido jamás, ni por haber sido dichas por otros, ni por no haberlo sido, sino sólo por haberme persuadido de ellas la razón.

Si los artesanos no pueden ejecutar en seguida la invención explicada en la Dióptrica, no creo que se pueda decir, por ello, que sea mala: pues, dado que hace falta habilidad y hábito para hacer y ajustar las máquinas que describo, sin que les falte ningún detalle, no me asombraría menos, si acertasen del primer golpe, que si alguien pudiese aprender, en un día, a tocar el laúd excelentemente, por el solo hecho de haberle dado una partitura que estuviese bien. Y si escribo en francés, que es la lengua de mi país, mejor que no en latín, que es la de mis preceptores, es a

causa de que espero que los que no se sirven más que de su razón natural absolutamente pura, juzguen mejor acerca de mis opiniones, que los que no creen sino en los libros antiguos. Y por lo que se refiere a los que unen el buen sentido al estudio, únicos que deseo por jueces, no serán, estoy seguro, tan parciales a favor del latín, que se rehusen a escuchar mis razones, porque las explique en lengua vulgar.

Por lo demás, no quiero hablar aquí, en detalle, de los progresos que tengo la esperanza de hacer en lo por venir en las ciencias, ni comprometerme con el público con ninguna promesa que no esté seguro de poder cumplir; sino que solamente diré que he resuelto no emplear el tiempo que me quede de vida en otra cosa sino en tratar de adquirir algún conocimiento de la naturaleza, tal que se puedan sacar de él reglas para la medicina, más seguras de las que se vienen teniendo hasta el presente; y que mi inclinación me aleja tanto de toda otra suerte de designios, principalmente de los que no podrían ser útiles a los unos sino perjudicando a los otros, que, si algún motivo me forzase a empeñarme en ellos, no creo que fuese capaz de tener éxito. De lo que hago esta declaración, que bien sé no me servirá para hacerme considerable en el mundo, lo que por otra parte tampoco siento afán alguno de ser;

y me tendré siempre por más obligado a aquellos por el favor de los cuales goce sin impedimento de mi ocio, que no a aquellos que me ofrezcan los más honorables empleos de la tierra.

SOBRE DESCARTES
BAILLET Y SORBIÈRE

BAILLET: DESCARTES DE VIAJE

Era en noviembre de 1621. Volvía por Hungría, Moravia, Silesia, Polonia, Pomerania, el Brandeburgo, de una gran vuelta por el oriente de Europa. Acabó por alquilar para él mismo y su criado un barquito que debía llevarle a Frisia occidental. Los marineros eran de los más rústicos y más bárbaros que cupiese encontrar entre las gentes de aquella profesión. Lo tomaron más bien por un mercader extranjero que por un hidalgo y lo juzgaban rico. Veían que era un extranjero venido de lejos, que no tenía ningún conocimiento en el país, y que nadie se preocuparía de reclamar si llegaba a faltar. Lo encontraban de un humor muy tranquilo, muy paciente; y juzgando por la afabilidad de su rostro y la cortesía que tenía con ellos, que no era más que un joven que aún no tenía mucha experiencia, concluyeron que les tendría más cuenta matarlo. No tuvieron dificultad

en tener su consejo en su presencia, no creyendo que supiese más lengua que aquella en la que hablaba con su criado; y sus deliberaciones se dirigían a asesinarlo, echarlo al agua y beneficiar de sus despojos. Pero él los comprendía. Ya se había dedicado a aprender el holandés durante su año de Holanda: había aprendido también el alemán mientras recorría Alemania... el señor Descartes, viendo que la cosa iba en serio, se levantó de un golpe, cambió de continente, sacó la espada con un coraje imprevisto, les habló en su lengua con un tono que los paralizó, y los amenazó con atravesarlos en el acto si osaban agredirle. Fue en aquel encuentro donde se percató de la impresión que puede hacer la audacia de un hombre sobre un alma baja; digo una audacia que se eleva muy por encima de las fuerzas y del poder en la ejecución; una audacia que en otras ocasiones podría pasar por una pura fanfarronería. La que manifestó entonces tuvo un efecto maravilloso sobre el espíritu de aquellos miserables. Al espanto que les entró siguió un aturdimiento que les impidió darse cuenta de su superioridad, y lo condujeron tan apaciblemente como pudo desear. *

* *Cf.* el lance parecido, aunque contado mucho más brevemente, en el *Elogio de M. Leibniz* por Fontenelle.

Habiéndose hecho un modelo de conducta inspirado por la manera de vivir que las personas decentes tienen costumbre de prescribirse, abrazó el género de vida más simple y más alejado de la singularidad y la afectación que pudo imaginar. Todo era asaz común en su casa y en su apariencia: su mobiliario y su mesa estaban siempre muy decorosos, pero sin superfluidades. Le servía un pequeño número de criados y andaba sin acompañamiento por las calles. Iba vestido de un simple tafetán verde, según la moda de aquel tiempo, no llevando el penacho ni la espada más que como signos de su condición de los que no estaba permitido entonces a un gentilhombre dispensarse.

Lo obligó después de mucha resistencia a descubrirle la morada de su amo. El criado . . . le contó todas las maneras de que su amo se gobernaba en su retiro, y le dijo entre otras cosas que tenía la costumbre de dejarlo en la cama todas las mañanas cuando salía para ejecutar sus encargos, y que esperaba encontrarlo en ella todavía a su vuelta. Eran cerca de las once y el señor Le Vasseur, que volvía del Palacio, queriendo asegurarse en el acto de la morada del señor Descartes, obligó al criado a volverse su

guía y se hizo conducir a casa del señor Descartes. Cuando hubieron llegado convinieron que entrarían sin ruido, y el fiel conductor, habiendo abierto suavemente la antecámara al señor Le Vasseur, habiéndose deslizado hasta la puerta de la recámara del señor Descartes, se puso a mirar por el ojo de la cerradura, y lo vio en su lecho, abiertas las ventanas de la recámara, levantada la cortina y cerca de la cabecera el velador con algunos papeles esparcidos. Tuvo la paciencia de mirarlo durante un tiempo considerable, y vio que se levantaba de medio cuerpo de cuando en cuando para escribir, y volvía a acostarse en seguida para meditar. La alternativa de estas posturas duró cerca de una media hora a la vista del señor Le Vasseur. Habiéndose levantado en seguida el señor Descartes para vestirse, el señor Le Vasseur llamó a la puerta de la recámara como un hombre que no hacía más que llegar y subir la escalera. El criado, que había entrado por otra puerta, vino a abrir y afectó parecer sorprendido. El señor Descartes lo quedó en serio cuando vio a la persona a quien menos esperaba. El señor Le Vasseur le hizo algunos reproches de parte de la señora Le Vasseur, que se había creído menospreciada por la manera de que había abandonado la casa. Por él mismo, se contentó con invitarlo a comer a fin de reconciliarse todos.

Por la tarde salieron juntos para ir a encontrar a la señora Le Vasseur, a quien Descartes dio todas las satisfacciones que podía ella esperar, no de filósofo, sino de hombre galante que sabía el arte de vivir con todo el mundo.

SORBIÈRE: DESCARTES EN HOLANDA

Visité * al señor Descartes en su soledad y observé con gran placer la cortesía de aquel gentilhombre, su retiro y su economía. Estaba en un pequeño castillo, muy bien situado, a las puertas de una grande y hermosa universidad, a tres horas de la Corte y a dos breves horas del mar. Tenía un número suficiente de criados, personas escogidas y de buen aire; un jardín bastante bello, al cabo del cual había un huerto, y todo en torno praderas de las que se veían salir muchos campanarios más o menos elevados, hasta que al llegar al horizonte ya no aparecían más que algunas agujas. Iba a una jornada de allí por canal a Utrecht, a Delft, a Rotterdam, a Dowrecht, a Hartein y a veces a Amsterdam, donde tenía dos mil libras de rentas en un banco. Podía ir a pasar la mitad del día en La Haya y volver a casa, haciendo aquel paseo por el camino más bello

* Samuel de Sorbière, erudito y escritor.

del mundo, entre praderas y casas de campo, luego por un gran bosque que toca a la ciudad, comparable a las más bellas urbes de Europa y soberbia en aquel tiempo como sede de aquellas tres cortes, de las que la del Príncipe de Orange, que era del todo militar, atraía dos mil gentileshombres, en equipaje militar, siendo el cuello de búfalo, la banda naranja, la gran bota y la cimitarra su principal ornamento. La de los Estados Generales comprendía los diputados de las Provincias-Unidas, dejando ver a la aristocracia en traje de terciopelo negro con la ancha gorguera y la barba cuadrada, que marchaba por las plazas públicas. La corte de la Reina de Bohemia era la de las Gracias, que no eran allí menos de cuatro, pues que Su Majestad tenía cuatro hijas, a las que visitaba todos los días el gran mundo de La Haya, para rendir homenaje al talento y a la belleza de las princesas... Alababa grandemente en mi fuero interno la elección que había hecho el señor Descartes de una habitación tan cómoda, y la orden que se había dado en su distracción lo mismo que en su tranquilidad.

BAILLET: LA MUERTE DE DESCARTES

El señor Descartes, después de haber dejado a la Reina, trajo del Palacio las primeras mani-

festaciones de la enfermedad que iba a acabar con sus días. Empezó por unos escalofríos, a las consecuencias de los cuales creyó haber puesto harto buen remedio con un medio vaso de aguardiente bien calentado. Era el primer día de la convalecencia del señor Chanut y el decimoquinto de su enfermedad. Al día siguiente, que estaba destinado a celebrar la fiesta de la Purificación de la Santísima Virgen en el hotel del Embajador, el señor Descartes, no para dar ejemplos de piedad a una casa que los proporcionaba a las demás, sino por trabajar en su propia santificación, se acercó a los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía por ministerio del Limosnero del señor Embajador...

El señor Descartes no pudo acabar en pie aquella santa jornada. Se sintió por la tarde tan violentamente atacado del mal de que había tratado de guardarse la víspera, que se vio obligado a meterse en la cama, precisamente al tiempo en que el señor Chanut había empezado a dejarla por primera vez. Los síntomas de su enfermedad habían sido los mismos que los que habían precedido a la del Embajador, y fueron seguidos de una fiebre continua con una inflamación del pulmón en todo semejante.

El origen de su enfermedad, por evidente que fue a los que vivían con él, no ha dejado de ser

envuelta en nubes y oscuridades por diversos espíritus embrollones, que no habrían dejado de hacerla fabulosa, si la verdad no hubiese disipado desde temprano los efectos de la negligencia de los unos y la malicia de los otros. Entre los primeros, algunos han creído sin fundamento, que su enfermedad había sido el fruto de las penas y fatigas que le había dado el revisar todos sus papeles, y poner su filosofía en orden para satisfacer a la reina de Suecia. Algunos otros, con menos apariencia de verdad todavía, la han achacado a la vejez de nuestro filósofo, o a las incomodidades de su último viaje por el océano septentrional. Entre los segundos observamos tantas contrariedades y divisiones, que su sola confrontación parece más que suficiente para destruir sus calumnias. Los unos pretendieron acusar a los gramáticos de la Reina de haber empleado el veneno para deshacerse de un hombre que no veían por encima de ellos más que con pena. Es una idea muy injuriosa para la memoria de los sabios que rodeaban a la Reina, que eran gentes sin malicia por la mayor parte, cuya envidia no se descargaba sobre la persona, sino sobre su filosofía. Los otros han publicado que su enfermedad le había venido de tomar en exceso vino de España, lo que acortó sus días e hizo su fin semejante al de Demócrito, al que no había podido

sufrir que lo comparasen durante su vida. Según la ficción de algunos otros, el señor Descartes, queriendo tratar su gota (que es un mal quimérico del que no tuvo jamás el menor ataque) según sus principios, e imaginándose que no venía más que de la falta de movimiento de la materia *sublime* (estos señores han querido decir *sutil* sin duda), se calentó la sangre, que trataba de hacer más flúida, atiborrándose de aguardiente. Otros han inventado que la reina Cristina, no habiendo podido penetrar en sus ideas ni aprobar sus nuevas opiniones, no lo había considerado mucho, y que el pesar que por ello había concebido le había oprimido el corazón de tal manera que por ello contrajo el mal al que hubo de sucumbir. Pero todas estas falsedades se han vuelto tan manifiestas por la solicitud de los que se han informado seriamente de la verdad de los hechos, que se puede decir de ellas lo que decimos de las malas hierbas, que nacen de noche, que se muestran durante una mañana, y que el calor del sol del mediodía hace morir faltas de raíz y alimento.

La verdadera y única causa de la enfermedad del señor Descartes fue el repartir sus cuidados entre la Reina y el Embajador enfermo, en medio de una estación enemiga de su temperamento. Es lo que es fácil de comprender por el cambio que se vio obligado a introducir en el régimen de vida

al que había acostumbrado a su cuerpo desde que se había puesto en pie de gobernar su salud por sí mismo. El señor embajador, observando desde el primer día que la enfermedad de su amigo era del todo semejante a la suya, quiso desde luego proceder a su curación por los caminos que habían seguido para curarle. Pero la fiebre, que era interna, habiendo cogido ante todo al señor Descartes por el cerebro, le quitó la libertad de escuchar los saludables consejos de aquel amigo y no le dejó fuerzas más que para resistir a la voluntad de todo el mundo. El señor y la señora Chanut, viendo toda su industria reducida al extremo desde el comienzo, se alarmaron por la ausencia del primer médico de la Reina, que era íntimo amigo del señor Descartes, y quizá el único capaz de gobernarlo en aquel estado. Era el señor de Ryer, francés de nación... En defecto de este primer médico, la reina ordenó al que seguía que le viese y gobernase durante toda su enfermedad. Era un holandés llamado el señor *Weulles,* enemigo jurado del señor Descartes desde el tiempo de la guerra que los ministros y teólogos de Utrecht y Leyde le habían declarado. Se había hecho uno de los más ardorosos en impedir su venida a Suecia, temiendo por su reputación y crédito, en vista de la opinión de aquellos que desacreditaban a nuestro filósofo como ad-

versario de la medicina ordinaria. Y durante los cuatro meses de la estancia del señor Descartes en la Corte de Suecia, el señor Weulles, habiéndose ligado con algunos peripatéticos y algunos gramáticos, no había sabido más que hacerle malas jugadas, y había puesto por obra todo lo que había juzgado capaz de dañarle. Este médico, sabiendo lo que debía a la reina y a la integridad de su profesión, fue a declarar su encargo al señor Chanut, y ofrecer su servicios al enfermo, que estaba ya al final del segundo día de su mal. El señor Chanut lo informó exactamente de todas las cosas, con la confianza que habría tenido con el señor de Ryer. Le indicó que no había querido tomar ni remedio ni alimento, ni siquiera ninguna tisana u otra bebida refrescante desde el primer día de la enfermedad; que había estado casi siempre amodorrado hasta el fin del segundo día, sin percibir su mal; que en los intervalos en que despertaba, le habían propuesto la sangría como un remedio necesario, pero que la había rehusado siempre, no creyendo tener más que un ataque reumático. Al tercer día, que era aquel en que el señor Weulles vino a verlo por mandato de la reina, la fiebre, que no había sido más que interna hasta entonces, empezó a hacer patente su violencia. Ya no pudo reposar; y la inflamación, que aumentaba continuamente en el pul-

món, le causó agitaciones que no se pudo detener. Aunque había rehusado ver a ningún médico los días anteriores, por miedo a caer entre las manos de charlatanes o ignorantes, consintió, sin embargo, por respeto a la reina y por complacer al señor Chanut, que entrase el señor Weulles. Después de haber conversado ambos durante algún tiempo sobre la naturaleza del mal y el género del remedio, el médico concluyó por la sangría: pero el enfermo, que no había estado de acuerdo en nada con él, se obstinó insistentemente en rechazar la operación, alegando que el sangrar abrevia nuestros días, y que había vivido cuarenta años sano sin hacérsela. El cuarto día se pasó en las mismas dificultades, sin que ni el señor Weulles, ni los otros médicos, que la reina, inquieta por lo que le habían referido la víspera, le había enviado, osasen presentarse. El espíritu del enfermo, encontrándose cada vez más embarazado, en un cerebro que era todo fuego, no se hallaba ya en estado de servirse de su razón; y desde que hablaban de sangrarle, su aversión le hacía decir: *señores, ahorrad la sangre francesa.* El señor Weulles, que hacía cuatro meses que no había dejado escapar jamás una ocasión de contradecirle, siguiendo la resolución que había tomado desde luego de perderle ante la reina, no tenía, sin duda, intención de matarlo en aquel

estado; pero también juró que no lo curaría contra su voluntad. Y puede ser que el enfermo, insatisfecho por su poca complacencia, le dispensara de volver, y le dijera, fuera de sus intervalos de razón, que *si había de morir, moriría más a gusto si no le veía.* Pero el señor Weulles, que se ofendió de ello, era indigno de su profesión, si ignoraba que las injurias de un enfermo no son jamás injurias para un médico, sobre todo cuando proceden de un transporte que tiene lugar en el cerebro.

Entretanto el señor Chanut, viendo que el enfermo no tenía libre el espíritu para ceder a sus ruegos y razones, que tendían, como las de los médicos, a hacerle verter sangre, *se moría de disgusto,* para servirme de sus términos, *de ver a su pobre amigo tan obstinado en su error. Aún encontrándose él mismo en muy mal estado, no dejaba de arrastrarse muy a menudo hasta su cuarto para conjurarle de no creerse a sí mismo y permitir que lo socorriesen mientras todavía era tiempo.* Pero estando el cerebro ocupado siempre con la fiebre, jamás se dejó vencer; y sin querer imaginarse que estuviese tan mal como le juzgaban los médicos, se contentó con decir que había que esperar *a que el mal llegase a su madurez,* para deliberar sobre los medios de ellos. Durante todas estas dificultades, la Reina seguía

soportándolo todo con impaciencia, y no dejaba de enviar dos veces al día a saber noticias de su salud. Hacia el fin del quinto día la inflamación creció de tal manera en el pulmón, que se juzgó desde entonces la enfermedad incurable. Sin embargo, los médicos, que la Reina seguía enviando con órdenes nuevas, no dejaban de reunirse en la casa del señor Embajador; pero no osaban presentarse ante el enfermo, a causa de que la conversación del señor Weulles lo había irritado. Eran el señor Embajador y su señora esposa quienes eran los mediadores del asunto. Referían a los médicos el estado en que se encontraba, y en seguida le hacían aceptar lo mejor que les era posible los remedios que ordenaban los médicos. Pero por el informe que les hicieron en último lugar, el señor Weulles no tuvo dificultad en condenarle desde el sexto día. Durante todo este tiempo de transporte, los que se le acercaban, observaban una singularidad bastante particular para un hombre que muchos creían que no había tenido la cabeza llena, toda su vida, más que de filosofía y matemáticas, y es que todas sus divagaciones no tendían más que a la piedad, ni miraban más que a las grandezas de Dios y la miseria del hombre. El señor Embajador aseguró a la Princesa Isabel que, durante todo el tiempo que la fiebre le hizo suspender el uso de la razón,

le quitó, sí, la conciencia de su mal, pero no le causó jamás el menor extravío en sus discursos, hasta tal punto eran coherentes sus divagaciones. Hacia el fin del séptimo día, el calor dejó el cerebro para esparcirse por todo el cuerpo: lo que le hizo un poco más dueño de su cabeza y razón. Entonces abrió los ojos a su estado, y empezó por primera vez a sentir la fiebre, al octavo día de la enfermedad. Reconoció en el acto que se había equivocado, señalando la causa de su error; y testimonió sin rodeos al señor y la señora Chanut que la sumisión que tenía a las órdenes de Dios le hacía creer que este soberano árbitro de la vida y la muerte había permitido que su espíritu permaneciese tanto tiempo embarazado en las tinieblas, por miedo a que sus razonamientos no se encontrasen bastante conformes con la voluntad que el Creador tenía de disponer de su vida. Concluyó que, puesto que Dios le devolvía el libre uso de la razón, le permitía por consiguiente seguir lo que ella le dictaba, con tal que se abstuviese de querer penetrar con demasiada curiosidad en sus decretos y manifestar inquietud por el desenlace. Es por lo que se hizo sangrar, de su propia iniciativa, por el cirujano del señor Embajador hacia las ocho horas de la mañana. Una hora después, cuando el médico estaba en el cuarto del señor Chanut, y ambos consultaban

entre sí sobre el estado del enfermo, envió a decir al señor Chanut que desearía le sangrasen de nuevo, en vista de que el señor Picques, Secretario de la Embajada, y el señor Belin, Secretario del señor Embajador, le habían dicho que la sangre que le habían sacado no era más que aceite. El médico no tuvo dificultad en consentir, aunque el señor Chanut y él juzgasen los dos, por la primera sangría, que el remedio era ya bien tardío. En efecto, el señor Chanut, habiendo entrado inmediatamente después en su cuarto, encontró que las dos sangrías, aunque muy abundantes, no habían disminuído en nada el ardor de la fiebre. El enfermo volvió a hacerle discursos sobre la muerte, como había hecho la noche anterior; y persuadido cada vez más de la inutilidad de toda suerte de remedios, pidió que se fuese a buscar al Padre Viogué, su director de conciencia, y rogó que ya no le hablasen más que de la misericordia de Dios y del valor con que debía sufrir la separación de su alma. Enterneció y edificó, con las pocas reflexiones que hizo sobre su estado y sobre el de la otra vida, a toda la familia del señor Embajador, que se había reunido al derredor de su lecho; y después de haber renovado en medio de tantos testigos los sentimientos de gratitud que tenía por la amistad y todas las bondades del señor Chanut, se volvió hacia

su señora esposa, para expresarle el asombro en que había estado desde su llegada a Suecia, y la confusión en que estaba todavía, de verla siempre tan celosa de adelantarse a todas sus necesidades. Así, no había cuidados, cortesías, honores, buenos oficios y testimonios de afecto de que no le hubiese hecho objeto por sí misma y por los suyos; y desde su enfermedad había querido vacar a todo con su presencia, servirlo ella misma con asiduidad, cuidarlo incluso durante las noches con una ternura y una vigilancia del todo semejante a la que había tenido con su marido el señor Embajador durante su enfermedad.

En la tarde del octavo día, después de la segunda sangría, surgió un hipo que ya no le dejó más que una respiración entrecortada hasta el día siguiente: ya no escupía más que con dificultad, y las flemas que sacaba del pecho no eran más que una sangre negruzca y corrompida. Lo que hizo juzgar a algunos de los médicos que la Reina enviaba con el señor Weulles, que su mal era una pleuresía causada por el exceso de frío que había sentido por las mañanas al salir de su estufa para ir al Palacio, en las horas en que el reposo y el calor de la cama habrían sido necesarias a su cuerpo, dada la manera de que se había gobernado en Holanda. Hacia la noche pidió que se le hiciese una infusión de tabaco

en vino para excitarse un vómito. El señor Weulles juzgó que el remedio habría sido mortal a cualquier hombre en semejante estado cuya enfermedad no hubiese sido desesperada, pero que en adelante podía permitírsele todo al señor Descartes; tras lo cual abandonó enteramente a su enfermo. El temperamento que se tomó fue el de templar el vino con mucha agua y echar en el vaso un trozo de tabaco que retiraron en el acto sin que hiciese infusión, porque se creyó que era bastante con que dejase allí su olor. A la noche siguiente, habló al señor Embajador de sentimientos de religión, y le expresó en términos igualmente generosos y conmovedores la resolución en que estaba de morir para obedecer a Dios, esperando que aceptase el sacrificio voluntario que le ofrecía en expiación de todas las faltas de su vida. Entretanto el padre Viogué, al que esperaba para la repetición de los Sacramentos que había recibido el primer día de la enfermedad, y todavía un mes antes, no llegaba; y hacia la medianoche el enfermo, que no testimoniaba tener ningún dolor sensible, mostró perder conocimiento. Su vista pareció extinguirse a medias, y sus ojos, más abiertos que de ordinario, se pusieron del todo extraviados. Unas horas después, la opresión del pecho aumentó hasta quitarle la respiración. Por la mañana de la

novena jornada de su mal, dijo a Schluter, su criado, que fuese a prepararle unos panecillos que sabía que le gustaba comer, porque temía que se le estrechasen las tripas, si seguía no tomando más que caldos y si no daba ocupación al estómago y las vísceras para mantenerlas en su estado. Después de haberlos comido, se quedó tan tranquilo que la familia del señor Embajador empezó a tener alguna esperanza en su recuperación. El propio enfermo, aunque seguro por su propio conocimiento del decreto irrevocable pronunciado sobre su vida, se persuadió, durante todo el resto de la jornada, de que podría durar aún un tiempo bastante considerable. De suerte que, de las nueve a las diez horas de la noche, mientras que todo el mundo se había retirado de su cuarto para cenar, quiso levantarse y estarse algún tiempo cerca del fuego con su ayuda de cámara. Pero estando en el sillón, sintió el agotamiento que le habían causado las dos grandes sangrías y cayó en un desmayo del que volvió un momento después. Pero pareció enteramente cambiado y dijo a su criado: *¡Ah! mi querido Schluter, esta vez ya hay que partir.* Schluter, espantado de aquellas palabras, vuelve a meter incontinente a su amo en la cama, y corren al señor Embajador ya acostado, y al padre Viogué, limosnero de la casa, que no había llegado hasta aquella noche de las

andanzas de su misión. El Padre subió prontamente con la señora Chanut y la familia. El señor Embajador, con todo lo convaleciente y débil que estaba, quiso ir a recoger las últimas palabras y suspiros de su amigo. Pero éste ya no hablaba. El Padre Limosnero, viendo que ya no se encontraba en estado de hacer la confesión de boca, hizo recordar a la asamblea que había cumplido todos los deberes de un fiel desde el primer día de la enfermedad, que el sufrimiento de sus males era una satisfacción que había dado a la justicia de Dios, y un cabal efecto de los Sacramentos que había recibido. Dijo en seguida a su enfermo que Dios aceptaba la voluntad que había testimoniado de repetir los mismos Sacramentos. Notando por los ojos y el movimiento de la cabeza que tenía el espíritu despejado, le rogó hacer algún signo si aún le oía y quería recibir de él la última bendición; pues la falta de las cosas necesarias para la Extrema Unción no permitía que se le administrase este sacramento. Al punto el enfermo levantó los ojos al cielo, de una manera que conmovió a todos los asistentes e indicaba una perfecta resignación a la voluntad de Dios. El Padre le hizo las exhortaciones ordinarias, a las que respondió a su manera. El señor Embajador que entendía el lenguaje de sus ojos, y que penetraba aún en el fondo de su corazón,

dijo a la asamblea: *que su amigo se retiraba contento de la vida, satisfecho de los hombres, lleno de confianza en la misericordia de Dios y apasionado por ir a ver a descubierto y poseer una verdad que había buscado toda su vida.* Dada la bendición, toda la asamblea se puso de rodillas para rezar las oraciones de los agonizantes y unirse a las que el sacerdote iba a hacer para la recomendación del alma en nombre de toda la Iglesia de los fieles esparcidos por todo el Universo. No se habían acabado, cuando el señor Descartes rindió el espíritu a su Creador, sin movimiento y en una tranquilidad digna de la inocencia de su vida. Murió el undécimo día de febrero a las cuatro horas de la mañana, de edad de cincuenta y tres años, diez meses y once días.

COLÉRUS

VIDA DE SPINOZA

SPINOZA, este filósofo cuyo nombre hace tanto ruido en el mundo, era judío de origen. Sus padres, poco tiempo después de su nacimiento, lo llamaron *Baruch*. Pero habiendo más adelante abandonado el judaísmo, cambió él mismo su nombre, y se dio el de *Benito,* en sus escritos y las cartas que firmó. Nació en Amsterdam, el 24 de noviembre del año 1632. Lo que se dice corrientemente, y que incluso se ha escrito, de que era pobre y de baja extracción, no es verdad. Sus padres, judíos portugueses, gentes honorables y acomodadas, eran mercaderes de Amsterdam, donde moraban en el Burgwal, en una casa bastante bella, cerca de la vieja Sinagoga portuguesa. Sus modales por demás civiles y decorosos, sus parientes y afines, gentes acomodadas, y los bienes dejados por su padre y su madre, dan fe de que su raza, lo mismo que su educación, estaban por encima de lo vulgar. Samuel Carceris, judío portugués, se casó con la más joven de sus

dos hermanas. La mayor se llamaba Rebeca, y la menor Miriam de Spinoza, cuyo hijo, Daniel Carceris, sobrino de Benito de Spinoza, se declaró uno de sus herederos después de su muerte. Lo que atestigua una acta levantada ante el notario Liberto Loef, el 30 de marzo de 1677, en forma de procuración dirigida a Enrique Van der Spyck, en cuya casa se alojaba Spinoza cuando murió.

SUS PRIMEROS ESTUDIOS

Spinoza dejó ver desde la infancia, y todavía en mayor grado más adelante, en su juventud, que la naturaleza no le había sido ingrata. Fácilmente se reconoció que tenía la imaginación viva, y el ingenio extremadamente ágil y penetrante.

Como tenía gran deseo de aprender bien la lengua latina, le dieron por lo pronto como maestro a un alemán. Para perfeccionarse más adelante en esta lengua, se sirvió del famoso Francisco Van den Ende, que la enseñaba entonces en Amsterdam, y ejercía al mismo tiempo allí la profesión de médico. Este hombre enseñaba con mucho éxito y reputación; de suerte que los mercaderes más ricos de la ciudad le confiaron

la instrucción de sus hijos antes de que se descubriese que enseñaba a sus discípulos algo más que el latín. Pues se acabó descubriendo que esparcía en el espíritu de aquellos jóvenes las primeras simientes del ateísmo. Es un hecho que podría yo probar, si hiciese falta, con el testimonio de varias gentes honorables que todavía viven y de las que algunas han ejercido el cargo de antiguo en nuestra Iglesia de Amsterdam y desempeñado las funciones del mismo con edificación. Estas buenas almas no se cansan de bendecir la memoria de sus padres que los arrancaron todavía a tiempo a la escuela de Satán, sacándolos de las manos de un maestro tan pernicioso y tan impío.

Van den Ende tenía una hija única que poseía ella misma la lengua latina tan perfectamente, lo mismo que la música, que era capaz de enseñar a los escolares de su padre en ausencia de éste y de darles la lección. Como Spinoza tenía ocasión de verla y hablarle muy a menudo, se enamoró de ella; y confesó a menudo que había tenido designio de desposarla. No es que fuese de las más bellas ni de las de mejor figura; pero tenía mucho ingenio, capacidad y alegría; lo que había tocado en el corazón a Spinoza, lo mismo que a otro discípulo de Van den Ende, llamado Kerkering, natural de Hamburgo. Este se per-

cató pronto de que tenía un rival, y no dejó de volverse celoso de él; lo que lo obligó a redoblar sus atenciones y asiduidades hacia la amada. Lo hizo con éxito, aunque el presente que había hecho antes a la muchacha de un collar de perlas de doscientas o trescientas pistolas de valor contribuyó, sin duda, a ganar sus simpatías. Se las concedió, pues, y le prometió desposarlo; lo que ejecutó fielmente después de haber el señor Kerkering abjurado la religión luterana que profesaba y abrazado la católica. *

SPINOZA SE DEDICA AL ESTUDIO DE LA TEOLOGÍA, QUE DEJA PARA ESTUDIAR A FONDO LA FÍSICA

Después de haber aprendido bien la lengua latina, se propuso Spinoza el estudio de la teología, y se dedicó a él durante unos años. Entre tanto, aunque ya tuviese mucho talento y juicio, se fortificaban uno y otro todavía de un día para otro: de suerte que encontrándose más disposición para la investigación de los productos y las causas naturales, abandonó la teología para dedi-

* Puede consultarse sobre este asunto el *Diccionario* de U. Bayle, tomo III, edic. 2, en el artículo de *Spinoza,* en la página 2770; lo mismo que el Tratado del doctor Kortholt *De tribus Impostoribus,* edic. 2, en el prefacio.

carse por entero a la física. Deliberó largo tiempo sobre la elección que debía hacer de un maestro cuyos escritos le pudieran servir de guía en el designio que tenía. Pero habiéndole caído por fin entre las manos las obras de Descartes, las leyó con avidez; y en adelante declaró a menudo que era allí donde había bebido el conocimiento que tenía de la filosofía. Le encantaba aquella máxima de Descartes que sienta que jamás se debe recibir por verdadero nada que no se haya probado antes con buenas y sólidas razones. De ella sacó la consecuencia de que la doctrina y los ridículos principios de los rabinos judíos no podía admitirlos un hombre de buen sentido; puesto que tales principios están sentados únicamente sobre la autoridad de los propios rabinos, sin que lo que éstos enseñan venga de Dios, como lo pretenden en verdad, pero sin fundamento y sin la menor apariencia de razón.

Desde entonces fue muy reservado con los doctores judíos, de los que evitó el trato tanto como le fue posible; se le vio raramente en sus sinagogas, donde no se encontraba más que por modo de cumplido; lo que los irritó extremadamente contra él; pues no dudaban de que pronto iba a abandonarlos y hacerse cristiano. Sin embargo, y a decir la verdad, jamás abrazó el cristianismo, ni recibió el santo bautismo; y aunque

tuvo frecuentes conversaciones, después de su deserción del judaísmo, con algunos sabios mennonitas, lo mismo que con las personas más ilustradas de las otras sectas cristianas, jamás se declaró sin embargo por ninguna, ni jamás hizo profesión de ninguna.

El señor Francisco Halma, en la *Vida de Spinoza,* que tradujo al flamenco, refiere, en las páginas 6, 7 y 8, que los judíos le ofrecieron una pensión poco tiempo antes de su deserción, para comprometerle a permanecer entre ellos, sin dejar de hacerse ver de *cuando en cuando* en sus sinagogas. Es también lo que afirmó a menudo Spinoza mismo al señor Van der Spyck, su huésped, lo mismo que a otros, añadiendo que los rabinos habían fijado la pensión que le destinaban en 1000 florines; pero protestaba en seguida que aunque le hubiesen ofrecido diez veces más, no hubiera aceptado sus ofertas, ni frecuentado sus asambleas por un motivo semejante; porque no era un hipócrita, ni buscaba más que la verdad. M. Bayle dice además que le acaeció un día ser atacado por un judío al salir de la comedia, recibiendo una cuchillada en el rostro; y aunque la herida no fue peligrosa, Spinoza veía, sin embargo, que el designio del judío había sido el de matarle. Pero el huésped de Spinoza, lo mismo que su mujer, que viven todavía los dos, me han

contado el hecho muy diversamente. Lo saben por la boca del propio Spinoza, que les contó a menudo que una tarde, al salir de la vieja sinagoga portuguesa, vio cerca de sí a alguien con el puñal en la mano; lo que por haberle obligado a ponerse en guardia y desviarse, evitó el golpe, que dio solamente en sus ropas. Aún entonces guardaba el jubón atravesado con el golpe, en memoria del acontecimiento. Entretanto, no creyéndose ya en seguridad en Amsterdam, no pensaba más que en retirarse a algún otro lugar en la primera ocasión; pues por lo demás quería proseguir sus estudios y sus meditaciones físicas en algún retiro apacible y alejado del ruido.

LOS JUDÍOS LO EXCOMULGAN

Apenas se había separado de los judíos y de su comunión, cuando lo persiguieron jurídicamente según sus leyes eclesiásticas y lo excomulgaron. Él confesó varias veces que así había pasado la cosa, y declaró que desde entonces había roto toda liga y todo comercio con ellos. Es algo en que también conviene M. Bayle, lo mismo que el doctor Musaeus. Judíos de Amsterdam, que han conocido muy bien a Spinoza, me han confirmado análogamente la verdad del hecho, aña-

diendo que era el viejo Chacham Abuabh, rabino entonces de gran reputación entre ellos, quien había pronunciado públicamente la sentencia de excomunión. Inútilmente he solicitado de los hijos del viejo rabino que me comunicasen la sentencia: se han excusado diciendo que no la habían encontrado entre los papeles de su padre; aunque fácil me fue ver que no tenían gana de desprenderse de ella, ni de comunicarla a nadie.

....

Habiéndose separado Spinoza abiertamente de los judíos, a cuyos doctores había irritado antes contradiciéndolos y descubriendo sus ridículas picardías, no hay que asombrarse de que le hicieran pasar por un blasfemo, un enemigo de la ley de Dios y un apóstata, que no se había retirado de entre ellos más que para arrojarse en los brazos de los infieles; y no cabe dudar de que no fulminaran contra él la más terrible de las excomuniones. Es también lo que me confirmó un sabio judío, que me ha asegurado que en el caso de que Spinoza hubiese sido excomulgado, era ciertamente el anatema *Schammatha* el que se había pronunciado contra él. Pero no estando presente Spinoza a la ceremonia, se puso por escrito su sentencia de excomunión, de la que se le significó copia. Él protestó contra aquel acto de excomunión, y le dio una respuesta en español que dirigió

a los rabinos, y que éstos recibieron como indicaremos en lo que sigue.

SPINOZA APRENDE UN OFICIO O ARTE MECÁNICA

La Ley y los antiguos doctores judíos señalan expresamente que no basta ser sabio; sino que hay que ejercitarse además en algún arte mecánica o profesión, para poderse ayudar en todo evento y ganar con ella de qué subsistir. Es lo que dice positivamente Raban Gamaliel en el tratado del *Talmud Pirke Aboth,* cap. II, donde enseña que el estudio de la Ley es algo muy deseable cuando se le junta una profesión o algún arte mecánica; pues, dice, la aplicación continua a los dos ejercicios hace que no se la tenga a hacer el mal y que se lo olvide; y todo sabio que no se cuide de aprender alguna profesión acaba por volverse un hombre disipado y desarreglado en sus costumbres. Y el rabino Jehuda añade que todo hombre que no hace aprender un oficio a sus hijos, hace lo mismo que si les enseñara a volverse salteadores de caminos.

Spinoza, sabio en la Ley y las costumbres de los antiguos, no ignoraba tales máximas, ni las olvidó, separado y todo de los judíos y excomul-

gado como estaba. Como son muy juiciosas y razonables, sacó de ellas el provecho, y aprendió un arte mecánica, antes de abrazar una vida tranquila y retirada, como estaba resuelto a hacer. Aprendió, pues, a hacer cristales para telescopios y otros usos, y lo logró tan perfectamente, que se dirigían a él de todos lados para comprarlos; lo que le proveyó suficientemente de qué vivir y mantenerse. Después de su muerte se encontró todavía en su gabinete un buen número de los que había pulimentado; y se vendieron bastante caros, como se puede justificarlo con el registro del pregonero que asistió a su inventario y a la venta de sus muebles.

Después de haberse perfeccionado en aquel arte, se dedicó al dibujo, que aprendió por sí solo, y lograba bien trazar un retrato con tinta o carbón. Tengo entre las manos un libro entero de semejantes retratos, donde se encuentran los de varias personas distinguidas que le eran conocidas o que habían tenido ocasión de visitarle. Entre estos retratos, encuentro en la cuarta hoja un pescador dibujado en camisa, con una red sobre el hombro derecho, de todo punto semejante en la actitud al famoso jefe de los rebeldes de Nápoles, Mazaniello, como se lo representa en la historia, y grabado en dulce. Con ocasión de este dibujo no debo omitir que el señor Van der Spick, en

cuya casa se alojaba Spinoza cuando murió, me ha asegurado que aquel dibujo o retrato se parecía perfectamente bien a Spinoza, y que seguramente era tomándose a sí mismo por modelo como lo había hecho. No es necesario hacer mención de las personas distinguidas cuyos retratos se hallan dibujados análogamente en el libro entre sus otros dibujos.

De esta manera podía proveer a sus necesidades con el trabajo de sus manos y dedicarse al estudio como había resuelto. Así, no deteniéndole nada más en Amsterdam, partió de ella y fue a alojarse en casa de un hombre de su conocimiento que vivía en el camino que lleva de Amsterdam a Auwerkerke. Allí pasaba el tiempo en estudiar y trabajar en sus cristales; cuando estaban pulimentados, sus amigos se tomaban el cuidado de enviarlos a buscar a su casa, venderlos y hacerle recibir el dinero.

VA A MORAR A RHYNSBURG, LUEGO A VOORBURG Y POR FIN A LA HAYA

En el año 1664 partió Spinoza de aquel lugar y se retiró a Rhynsburg, cerca de Leyden, donde pasó el invierno; pero inmediatamente después partió de allí y fue a morar en Voorburg, a una

legua de La Haya, como lo atestigua él mismo en su trigésima carta, escrita a Pedro Balling. Pasó allí, como se me ha informado, tres o cuatro años, durante los cuales se hizo un gran número de amigos en La Haya, todos gentes distinguidas por su condición o los empleos que ejercían en el Gobierno o el ejército. Gustaban de encontrarse en su compañía y les complacía mucho oírle discurrir. Fue por súplicas suyas por lo que acabó estableciéndose y fijándose en La Haya, donde empezó por vivir en el Veerkaay, en la pensión de la viuda Van Velden, la misma casa donde estoy alojado al presente. El cuarto donde estudio, en el extremo de la casa a la parte de atrás, segundo piso, es el mismo donde él dormía y se ocupaba en el estudio y en su trabajo. A menudo se hacía llevar allí de comer y allí pasaba dos y tres días sin ver a nadie. Pero habiéndose dado cuenta de que gastaba un poco demasiado en su pensión, alquiló en el Pavilioengragt, detrás de mi casa, un cuarto en la del señor Enrique Van der Spyck, del que hemos hecho mención a menudo, donde se cuidaba él mismo de proveerse de lo que le era necesario para beber y comer, y donde vivió a su guisa de una manera muy retirada.

Es casi increíble qué sobrio fue durante aquel tiempo y cuán económico. No es que se redujera a una pobreza tan grande que no hubiese podido hacer más gasto si hubiera querido; bastantes gentes le ofrecían su bolsa y toda suerte de asistencia; pero era muy sobrio naturalmente y fácil de contentar; y no quería tener la reputación de haber vivido, ni siquiera una sola vez, a expensas ajenas. Lo que informo de su sobriedad y economía puede justificarse con diferentes cuentecitas que se han encontrado entre los papeles que dejó. En ellas se encuentra que vivió un día entero de una sopa de leche aliñada con manteca, lo que le importó tres sueldos, y de un tarro de cerveza de sueldo y medio; otro día no comió más que unas gachas adornadas con uvas y manteca, plato que le había costado cuatro sueldos y medio. En las mismas cuentas no se hace mención más que de dos medias pintas de vino a lo sumo por mes. Y aunque lo invitasen a menudo a comer, prefería, sin embargo, vivir de lo que tenía en casa, por poco que fuese, a encontrarse a una buena mesa a expensas de otro.

Así es como pasó lo que le quedó de vida en casa de su último huésped, durante poco más de cinco años y medio. Tenía gran cuidado de ajus-

tar sus cuentas cada cuarto de luna, lo que hacía a fin de no gastar justamente ni más ni menos que lo que tenía que gastar cada año. Y alguna vez le sucedió decir a los del alojamiento que era como la serpiente, que forma un círculo con la cola en la boca, para indicarles que no le quedaba nada de lo que había podido ganar durante el año. Añadía que no era su designio acumular nada más que lo que fuese necesario para ser enterrado con alguna decencia; y que como sus padres no le habían dejado nada, no debían sus próximos y herederos esperar tampoco mucho provecho de su sucesión.

SU PERSONA Y SU MANERA DE VESTIR

En lo que respecta a su persona, su estatura y los rasgos de su cara, hay aún muchas gentes en La Haya que lo vieron y conocieron particularmente. Era de mediana estatura; tenía los rasgos de la cara bien proporcionados, la piel un poco negra, los cabellos rizosos y negros, y las cejas largas y del mismo color, de suerte que por su aspecto se le reconocía fácilmente como descendiente de judíos portugueses. Por lo que toca a sus ropas, se cuidaba muy poco de ellas y no eran mejores que las del más simple burgués.

Un consejero de Estado de los más considerables, habiéndole ido a ver, lo encontró en una bata muy sucia, lo que dio ocasión al consejero de hacerle algunos reproches y de ofrecerle otra. Spinoza le respondió que un hombre no valía más por tener una bata más bella. *Es contra el buen sentido*, añadió, *poner una cubierta preciosa a cosas de nada o de poco valor.*

SUS MANERAS, SU CONVERSACIÓN Y SU DESINTERÉS

Por lo demás, si su manera de vivir estaba muy reglada, su conversación no era menos dulce y apacible. Sabía admirablemente bien ser dueño de sus pasiones. No se le vio jamás ni muy triste ni muy alegre. Sabía ser dueño de sí en su cólera, y de los disgustos que le sobrevenían nada aparecía al exterior; al menos, si le acaecía atestiguar su pena con algún gesto o algunas palabras, no dejaba de retirarse en seguida para no hacer nada que fuese contra las conveniencias. Era en general muy afable y de un comercio fácil, hablando a menudo a su huéspeda, particularmente al tiempo de sus partos, y con los del alojamiento cuando les sobrevenía alguna aflicción o enfermedad; no dejaba entonces de consolar-

los ni exhortarlos a sufrir con paciencia males que eran como un lote que les había asignado Dios. Aconsejaba a los niños asistir a menudo a la iglesia, al servicio divino, y les enseñaba qué obedientes y sumisos a sus padres debían ser. Cuando las gentes del alojamiento volvían del sermón, les preguntaba a menudo qué provecho habían logrado y lo que habían sacado de él para su edificación. Tenía una gran estima por mi predecesor, el doctor Cordes, que era un hombre sabio de un buen natural y de una vida ejemplar, lo que le daba ocasión a Spinoza de hacer a menudo el elogio de él. Iba incluso a veces a oírle predicar, y elogiaba sobre todo la sabia manera de que explicaba la Escritura y las sólidas aplicaciones que hacía de ella. Aconsejaba al mismo tiempo a su huésped y a los de la casa no dejar jamás ninguna predicación de un hombre tan hábil.

Acaeció que su huéspeda le preguntó un día si era de opinión que podía ella salvarse dentro de la religión que profesaba; a lo que respondió: *Vuestra religión es buena, no debéis buscar otra, ni dudar de que no logréis con ella vuestra salvación, con tal que dándoos a la piedad, llevéis al mismo tiempo una vida apacible y tranquila.*

Mientras permanecía en el alojamiento, no incomodaba a nadie; pasaba la mejor parte de su

tiempo tranquilamente en su cuarto. Cuando le acaecía encontrarse fatigado por haberse dedicado demasiado a sus meditaciones filosóficas, bajaba para descansar, y hablaba a los del alojamiento de todo lo que podía servir de materia a un coloquio ordinario, incluso de bagatelas. También se distraía a veces en fumar una pipa de tabaco; o bien, cuando quería distender el espíritu durante un poco más de tiempo, buscaba arañas a las que hacía batirse entre sí, o moscas que echaba en la tela de araña, y miraba entonces la batalla con tanto placer que rompía a veces en risa. Observaba también con el microscopio las diferentes partes de los más pequeños insectos, de donde sacaba después las consecuencias que le parecían convenir mejor a sus descubrimientos.

Por lo demás, no amaba en absoluto el dinero, como lo hemos dicho, y estaba muy contento con tener, día a día, lo que le era necesario para su nutrición y mantenimiento. Simón de Vries, de Amsterdam, que denota mucha afección por él en la vigésimasexta carta, y que lo llama al mismo tiempo su muy fiel amigo (*amice integerrime*), le hizo un día presente de una suma de 2000 florines, para ponerlo en situación de vivir con un poco más de holgura; pero Spinoza, en presencia de su huésped, se excusó civilmente de recibir el dinero, so pretexto de que no tenía menester de

nada, y que tanto dinero, si lo recibía, lo desviaría infaliblemente de sus estudios y ocupaciones.

El mismo Simón de Vries, al acercarse su fin y verse sin mujer ni hijos, quiso hacer su testamento instituyéndole heredero de todos sus bienes; pero Spinoza jamás quiso consentir en ello, y amonestó a su amigo que no debía pensar en dejar sus bienes a nadie más que a su hermano que habitaba en Schiedam, puesto que era el más cercano de sus parientes y debía ser naturalmente su heredero.

Ello se ejecutó como había propuesto; sin embargo, fue a condición de que el hermano y heredero de Simón de Vries daría a Spinoza una pensión vitalicia que bastase para su subsistencia, y también se ejecutó fielmente esta cláusula. Pero lo que hay de particular es que como consecuencia se ofreció a Spinoza una pensión de 500 florines, que no aceptó por encontrarla demasiado considerable, de suerte que la redujo a 300. Esta pensión se le pagó regularmente durante su vida; y después de su muerte, el mismo de Vries de Schiedam se cuidó de hacer pagar todavía al señor Van der Spyck lo que pudiera deberle Spinoza, como se ve por la carta de Juan Rieuwertz, impresor de la ciudad de Amsterdam, empleado

en tal comisión: está fechada del 6 de marzo de 1678 y dirigida al propio Van der Spyck.

Puede todavía juzgarse del desinterés de Spinoza por lo que pasó después de la muerte de su padre. Se trataba de repartir la sucesión entre sus hermanas y él, a lo que las había hecho condenar en justicia, aunque ellas lo hubiesen puesto en práctica todo para excluirlo de ella. Sin embargo, cuando se trató de hacer el reparto, les abandonó todo, y no reservó para su uso más que un solo lecho, que era en verdad muy bueno, y las cortinas que pendían en torno de él.

LO CONOCEN VARIAS PERSONAS DE GRAN CONSIDERACIÓN

No hizo Spinoza más que publicar algunas de sus obras, cuando se hizo un gran nombre en el mundo, entre las personas más distinguidas, que lo miraban como un brillante genio y un gran filósofo. M. Stoupe, teniente coronel de un regimiento suizo al servicio del rey de Francia, mandaba en Utrecht en 1673. Había sido antes ministro de Saboya en Londres, durante las perturbaciones de Inglaterra en tiempos de Cromwell; llegó en seguida a brigadier, y fue desempeñando las funciones de este cargo como fue

muerto en la batalla de Steenkerke. Mientras estaba en Utrecht, hizo un libro que tituló *La religión de los holandeses,* donde reprocha entre otras cosas a los teólogos reformados haber visto imprimir bajo sus ojos, en 1670, el libro que lleva por título *Tractatus theologico-politicus,* del que se declara Spinoza autor en su décimanovena carta, sin haberse tomado, no obstante, el trabajo de refutarlo o de responder a ello. Es lo que decía M. Stoupe. Pero el célebre *Braunius,* profesor en la Universidad de Groninga, ha hecho ver lo contrario en un libro que hizo imprimir para refutar el de M. Stoupe; y en efecto, tantos escritos publicados contra este Tratado abominable muestran evidentemente que se había engañado M. Stoupe. Fue por aquel mismo tiempo cuando escribió varias cartas a Spinoza, del que recibió también varias respuestas, y acabó suplicándole que consintiera en dirigirse a Utrecht en cierto momento que le señaló. M. Stoupe tenía tantas más ganas de atraerlo allá, cuanto que el príncipe de Condé, que tomaba entonces posesión del gobierno de Utrecht, deseaba mucho conversar con Spinoza; y era en vista de esto por lo que se aseguraba que Su Alteza estaba tan bien dispuesto a servirle ante el rey, que esperaba obtener fácilmente de él una pensión para Spinoza, sólo con que éste fuese capaz de resolverse

a dedicar alguna de sus obras a Su Majestad. Spinoza recibió este despacho, acompañado de un pasaporte, y partió poco tiempo después de haberlo recibido. El señor Halma, en la vida de nuestro filósofo, que tradujo y extractó del *Diccionario* de M. Bayle, refiere en la página 11 que es cierto que visitó al príncipe de Condé, con quien tuvo diversas conversaciones durante varios días, lo mismo que con otras varias personas de distinción, particularmente con el teniente coronel Stoupe. Pero Van der Spyck y su mujer, en cuya casa estaba alojado, y que viven todavía al presente, me aseguran que a su vuelta les dijo positivamente que no había podido ver al príncipe de Condé, que había partido de Utrecht algunos días antes de que él llegase; pero que en las conversaciones que había tenido con M. Stoupe, este oficial le había asegurado que trabajaría por él con mucho gusto, y que no debía dudar de obtener, por recomendación suya, una pensión de la liberalidad del rey *; pero que por él, Spinoza, como no tenía el designio de dedicar nada al rey de Francia, había rehusado la oferta que se le hacía, con toda la cortesía de que era capaz.

* El rey de Francia daba entonces pensiones a todos los sabios, particularmente a los extranjeros, que le presentaban o dedicaban alguna obra (*Colérus*).

Después de su vuelta, el populacho de La Haya se conmovió extraordinariamente por motivo de él; se le miraba como un espía; y se decían ya al oído que había que deshacerse de un hombre tan peligroso, que sin duda trataba asuntos de Estado, en un comercio tan público como sostenía con el enemigo. El huésped de Spinoza se alarmó de ello, y temió con razón que la canalla no lo arrancara de su casa, después de haberla forzado y quizá saqueado; pero Spinoza lo animó y consoló lo mejor que fue posible. *No temáis nada,* le dijo, *respecto a mí, me es fácil justificarme: hartas gentes, y de las principales del país, saben bien lo que me comprometió a hacer este viaje. Pero sea lo que sea, en cuanto el populacho haga el menor ruido a vuestra puerta, saldré e iré derecho a ellos, aunque hubieran de darme el mismo trato que dieron a los pobres señores de Witt. Soy buen republicano, y nunca he tenido presente más que la gloria y provecho del Estado.*

Fue en aquel mismo año cuando el *Elector Palatino* Carlos-Luis, de gloriosa memoria, informado de la capacidad de este gran filósofo, quiso atraerlo a Heidelberg para enseñar allí la filosofía, sin duda no teniendo conocimiento alguno del veneno que aquél mantenía aún escondido en su seno, y que con el tiempo se manifestó más abiertamente. Su Alteza Electoral dio orden

al célebre doctor *Fabricio,* profesor de teología, buen filósofo, y uno de sus consejeros, de hacerle la proposición a Spinoza. Fabricio le ofreció en nombre de su príncipe, con la cátedra de filosofía, una muy amplia libertad de razonar según sus principios, como juzgara más a propósito, *cum amplissima philosophandi libertate.* Pero a esta oferta se había unido una condición que no acomodaba en modo alguno a Spinoza; pues por amplia que fuese la libertad que le acordaba, no debía en modo alguno servirse de ella en perjuicio de la religión establecida por las leyes. Y es lo que se ve por la carta del doctor Fabricio, fechada en Heidelberg el 16 de febrero. * En esta carta se halla que se le regala con el título de muy célebre filósofo y de genio eminente: *philosophe acutissime ac celeberrime.*

Había allí una mina que fácilmente descubrió Spinoza, si se me permite usar de esta expresión; vio la dificultad, o más bien la imposibilidad en que estaba de razonar según sus principios y al mismo tiempo no proferir nada que fuese contrario a la religión establecida. Dio respuesta a M. Fabricio el 30 de marzo de 1673, y rehusó cortésmente la cátedra de filosofía que aquél le ofrecía. Le dijo que *la instrucción de la juventud*

* *Véanse Spinozae Oper. posth.,* Epist. LIII, p. 561.

sería un obstáculo para sus propios estudios, y que jamás había tenido la idea de abrazar semejante profesión. Pero esto no es más que un pretexto, y Spinoza descubre asaz lo que tiene en el alma con las palabras siguientes: "Además, reflexiono, dice al doctor, que no me señaláis dentro de qué límites debe encerrarse esta libertad de explicar mis sentimientos para no chocar con la religión. *Cogito deinde me nescire quibus limitibus libertas illa philosophandi intercludi debeat, ne videar publice stabilitam Religionem perturbare velle.* *

. . . .

DE LA ÚLTIMA ENFERMEDAD DE SPINOZA Y SU MUERTE

Se han hecho tan diferentes relaciones, y tan poco verdaderas, tocante a la muerte de Spinoza, que es sorprendente que gentes ilustradas se hayan tomado el trabajo de informar de ella al público basándose en rumores, sin haberse enterado mejor antes ellos mismos de lo que decían. Se halla una muestra de las falsedades que profieren en este asunto en el *Menagiana,* impreso

* Véanse sus *Obras Póstumas,* carta LIV, p. 563.

en Amsterdam en 1695, donde el autor se expresa así:

"He oído decir que Spinoza había muerto del miedo que había tenido de que lo metieran en la Bastilla. Había venido a Francia atraído por dos personas de calidad que tenían ganas de verle. Se advirtió de ello a M. de Pomponne; y como es un ministro muy celoso de la religión, no juzgó propio sufrir a Spinoza en Francia, donde era capaz de causar harto desorden, y para impedírselo resolvió hacerle meter en la Bastilla. Spinoza, que tuvo aviso de ello, se escapó en hábito de franciscano; pero yo no garantizo esta última circunstancia. Lo que es cierto, es que muchas personas que lo han visto me han asegurado que era pequeño, amarillento, que tenía algo de negro en la fisonomía y que llevaba en el rostro una nota de reprobación."

Todo esto no es más que un tejido de fábulas y mentiras, pues es cierto que Spinoza no estuvo en su vida en Francia; y aunque trataran de atraerle allá personas de distinción, como confesó a sus huéspedes, no obstante, les aseguró mucho, al mismo tiempo, que no esperaba tener jamás tan poco juicio como para hacer una locura semejante. Fácilmente se juzgará también por lo que diré después, que no es de ningún modo verdad que muriese de miedo. A este efecto

referiré las circunstancias de su muerte sin parcialidad y no adelantaré nada sin prueba; lo que estoy en situación de ejecutar tanto más fácilmente cuanto que es aquí, en La Haya, donde murió y está enterrado.

Spinoza era de una constitución muy débil, enfermizo, flaco y estaba atacado de la tisis hacía más de veinte años; lo que le obligaba a vivir a régimen y a ser extremadamente sobrio en el beber y comer. Sin embargo, ni su huésped, ni los del alojamiento creían que su fin estuviese tan cerca, incluso poco tiempo antes de que le sorprendiese la muerte, ni tenían de ella la menor idea; pues el 20 de febrero, que fue entonces el sábado anterior al carnaval, su huésped y su mujer fueron a oír la predicación que se hace en nuestra Iglesia, para disponer a cada quien a recibir la comunión que se administra al día siguiente, según una costumbre establecida entre nosotros. Habiendo vuelto el huésped al alojamiento después del sermón, a las cuatro o cosa así, descendió de su cuarto abajo, y tuvo con él una conversación bastante larga, que versó particularmente sobre lo que había predicado el ministro, y después de haber fumado una pipa de tabaco, se retiró a su cuarto, que estaba en la parte de delante, y fue a acostarse temprano. El domingo por la mañana, antes que fuese hora de ir a la

iglesia, volvió a bajar de su cuarto y habló con el huésped y su mujer. Había hecho venir de Amsterdam a un cierto médico, al que no puedo designar más que por estas dos letras, L. M.; éste encargó a las gentes del alojamiento de comprar un gallo viejo, y de hacerlo hervir en seguida, a fin de que hacia el mediodía pudiera Spinoza tomar el caldo; lo que hizo así, y aún comió de él con buen apetito, después de haber vuelto de la iglesia el huésped y su mujer. Por la tarde, se quedó solo con Spinoza el médico L. M., habiendo vuelto juntos los del alojamiento a sus devociones. Pero al salir del sermón supieron con sopresa que a eso de las tres había expirado Spinoza en presencia de aquel médico, que aquella misma tarde se volvió a Amsterdam en el barco de noche, sin tener el menor cuidado del difunto. Se dispensó de tal deber tanto más aprisa, cuanto que después de la muerte de Spinoza se había apoderado de un ducado y de un poco de dinero que había dejado el difunto sobre su mesa, lo mismo que de un cuchillo de mango de plata, y se había retirado con el botín que había hecho.

Se han referido muy diversamente las particularidades de su enfermedad y muerte; y ello ha dado incluso materia a varias controversias. Se vierte: 1º, que durante el tiempo de su en-

fermedad había tomado las precauciones necesarias para que no le sorprendiesen las visitas de gentes cuya vista no podía hacer más que importunarle; 2º, que estas mismas palabras le habían salido de la boca, una y hasta varias veces: *¡Oh Dios, ten piedad de mí, miserable pecador!* 3º, que se le había oído a menudo suspirar pronunciando el nombre de Dios. Lo que habiendo dado ocasión a los que estaban presentes de preguntarle si creía, pues, al presente en la existencia de un Dios del que, tenía todo motivo para temer los juicios después de la muerte, había respondido que la palabra se le había escapado y no había salido de su boca más que por costumbre y hábito; 4º, se dice aún que tenía cerca de sí jugo de mandrágora bien preparado, del que usó cuando sintió acercarse la muerte; que habiendo tendido en seguida las cortinas de su lecho, perdió todo conocimiento, habiendo caído en un profundo sueño, y que así fue como pasó de esta vida a la eternidad; 5º, que había prohibido expresamente dejar entrar a quienquiera que fuese en su cuarto cuando se acercase a su fin: como también que viéndose en la extremidad, había hecho llamar a su huéspeda y le había rogado impedir que viniese a verle ningún ministro, porque quería, decía, morir apaciblemente y sin disputas, etcétera.

He indagado cuidadosamente la verdad de todos estos hechos, y preguntado varias veces a su huésped y huéspeda, que viven todavía al presente, lo que sabían de ello; pero me han respondido constantemente el uno y la otra que no tenían de ellos la menor noción, y que estaban convencidos de que todas aquellas particularidades eran otras tantas mentiras: pues jamás les había prohibido admitir a quienquiera que fuese y deseara verle. Por lo demás, cuando se acercó su fin, no había en su cuarto más que el médico de Amsterdam que he mentado; nadie oyó las palabras que se pretende que profirió: *¡Oh Dios, ten piedad de mí, miserable pecador!* y tampoco hay vislumbre alguno de que saliesen de su boca, puesto que no creía estar tan cerca de su fin; y los del alojamiento no tenían de él la menor idea. Y Spinoza no permanecía en la cama durante su enfermedad; pues en la misma mañana del día en que expiró, había bajado aún de su cuarto, como lo hemos indicado; su cuarto era el de delante, donde se acostaba en un lecho construído a la moda del país y que se llama *bedstede*. Que encargara a su huéspeda de despedir a los ministros que pudieran presentarse, o que invocara el nombre de Dios durante su enfermedad, es algo que ni ella, ni los del alojamiento oyeron y de que no tienen noción alguna. Lo que les

persuade de lo contrario, es que desde que había caído en consunción, siempre había mostrado, en los males que sufría, una firmeza verdaderamente estoica, hasta regañar él mismo a los demás cuando les acaecía lamentarse y testimoniar en sus enfermedades poco valor o exceso de sensibilidad.

En fin, por lo que respecta al jugo de mandrágora, de que se dice que usó estando en la extremidad, lo que le hizo perder todo conocimiento, es una particularidad más enteramente desconocida de los del alojamiento. Y, sin embargo, eran ellos quienes le preparaban todo aquello de que había menester para beber y comer, lo mismo que los remedios que tomaba de cuando en cuando. Tampoco se hace mención de la droga en la memoria del boticario, que, sin embargo, fue el mismo a cuya casa envió el médico de Amsterdam a tomar los remedios de que tuvo necesidad Spinoza en los últimos días de su vida.

Después de la muerte de Spinoza, se cuidó su huésped de hacerlo enterrar. Juan Rieuwertz, impresor de la ciudad de Amsterdam, se lo había rogado, al mismo tiempo que le había prometido reembolsarle todo el gasto, del que quería ser en todo garante. La carta que le escribió muy por lo largo sobre este tema está fechada en Amsterdam el 6 de marzo de 1678. No olvida hacer en

ella mención de aquel amigo de Schiedam de que hablamos más arriba, quien, para mostrar qué cara y preciosa le era la memoria de Spinoza, pagaba exactamente todo lo que pudiera Van der Spyck pretender aún de su difunto huésped. La suma a que podían ascender sus pretensiones le era remitida al mismo tiempo, como el propio Rieuwertz la había cobrado por orden de su amigo.

Cuando se disponían a enterrar el cuerpo de Spinoza, se opuso a ello un boticario llamado Schroder, pretendiendo que le pagaran antes unos medicamentos de que había provisto al difunto durante su enfermedad. Su minuta se elevaba a dieciséis florines y dos sueldos; encuentro que se pone en la cuenta tintura de azafrán, bálsamo, polvos, etcétera, pero que no se hace en ella mención alguna ni de opio, ni de mandrágora. La oposición se levantó en seguida, pagando la cuenta el señor Van der Spyck.

Se enterró el cuerpo el 25 de febrero, acompañado de varias personas ilustres y seguido de seis carrozas. A la vuelta del entierro, que se hizo en la iglesia nueva del Spuy, regalaron a los amigos particulares o vecinos con algunas botellas de vino, según la costumbre del país, en la casa del huésped del difunto.

Observaré, de paso, que el barbero de Spinoza presentó, después de su muerte, una minuta concebida en estos términos: M. Spinoza, *de bienaventurada memoria,* debe a Abraham Kervel, cirujano, por haberle afeitado durante la última semana, la suma de un florín dieciocho sueldos. El prior del entierro y dos chapuceros hicieron al difunto parejo cumplido en sus minutas, lo mismo que el mercero que proveyó los guantes para el duelo del entierro.

Si aquellas buenas gentes hubiesen sabido cuáles eran los principios de Spinoza en materia de religión, es probable que no se hubiesen engañado así con el término de *bienaventurado* que empleaban; ¿o es que se sirvieron de él según el curso ordinario, que sufre a veces el abuso que se hace de semejantes expresiones respecto incluso de personas muertas en la desesperación o la impenitencia final?

Enterrado Spinoza, hizo su huésped hacer el inventario de los bienes muebles que había dejado. El notario al que empleó presentó una cuenta de sus honorarios en esta forma: "Guillermo Van der Hove, notario, por haber trabajado en el inventario de los muebles y efectos del difunto señor Benito de Spinoza..." Sus honorarios ascienden a la suma de diecisiete florines

y ocho sueldos; más abajo reconoce habérsele pagado tal suma el 14 de noviembre de 1677.

Rebeca de Spinoza, hermana del difunto, se declaró heredera suya, pasando la declaración a la casa donde había muerto. Sin embargo, como rehusaba pagar previamente los gastos del entierro y algunas deudas que gravaban la sucesión, el señor Van der Spyck le hizo hablar a Amsterdam e intimar el satisfacerlas, por Roberto Schmeding portador de su procura. Liberto Loef fue el notario que levantó el acta y la firmó, el 30 de marzo de 1677. Pero antes de pagar nada quería ella ver claro, y saber si pagadas las deudas y cargas, le quedaría algo de la sucesión de su hermano. Mientras ella deliberaba, Van der Spyck se hizo autorizar en justicia para vender públicamente los bienes y muebles en cuestión, lo que se ejecutó así; y habiéndose consignado al lugar ordinario los dineros provinientes de la venta, la hermana de Spinoza los embargó; pero viendo que después del pago de los gastos y cargas no quedaba más que poca cosa o nada del todo, desistió de su oposición y todas sus pretensiones. El procurador Juan Lukkas, que sirvió a Van der Spyck en el asunto, le pasó una cuenta por la suma de treinta y tres florines y dieciséis sueldos, de que dio recibo fechado el primero de junio de 1678. La venta de dichos muebles se había hecho

aquí, en La Haya, desde el cuatro de noviembre de 1677 por Rykus Van Stralen, subastador jurado, como se ve por la cuenta que entregó fechada el mismo día.

No hay más que echar los ojos sobre esta cuenta para juzgar en seguida que era el inventario de un verdadero filósofo; no se encuentran en ella más que algunos libritos, algunos grabados dulces o estampas, algunos trozos de vidrio pulimentados, instrumentos para pulimentarlos, etcétera.

Por los trapos que sirvieron para uso suyo, se ve también qué económico y muy ahorrador fue. Un manto de camelote con un pantalón se vendieron en veintiún florines catorce sueldos; otro manto gris, doce florines catorce sueldos; cuatro lienzos, seis florines y ocho sueldos; siete camisas, nueve florines y seis sueldos; un lecho y una almohada, quince florines; diecinueve cuellos, un florín once sueldos; cinco pañuelos, doce sueldos; dos cortinas rojas, una colcha y una pequeña cobija de cama, seis florines: su orfebrería consistía en dos hebillas de plata, que se vendieron en dos florines. Todo el inventario o venta de los muebles no ascendía más que a cuatrocientos florines y trece sueldos; deducidos los gastos de la venta y cargas, quedaban trescientos noventa florines catorce sueldos.

He aquí lo que he podido averiguar de más particular tocante a la vida y muerte de Spinoza. Tenía cuarenta y cuatro años, dos meses y veintisiete días. Murió el 21 de febrero de 1677 y se le enterró el 25 del mismo mes.

FONTENELLE
ELOGIO DE LEIBNIZ

GODOFREDO-Guillermo Leibniz nació en Leipzig, en Sajonia, el 23 de junio de 1649, de Federico Leibniz, profesor de moral y escribano de la Universidad de Leipzig, y de Catalina Schmuck, su tercera mujer, hija de un doctor y profesor de derecho. Pablo Leibniz, su tío abuelo, había sido capitán en Hungría, y ennoblecido por sus servicios, en 1600, por el emperador Rodolfo II, que le dio las armas que llevaba M. Leibniz.

Perdió a su padre a la edad de seis años, y su madre, que era una mujer de mérito, se cuidó de su educación. No mostró ninguna inclinación especial por un género de estudio más bien que por otro. Se dio a todo con igual vivacidad; y como su padre le había dejado una biblioteca bastante amplia de libros bien escogidos, empezó, desde que supo bastante latín y griego, a leerlos todos con orden, poetas, oradores, historiadores, jurisconsultos, filósofos, matemáticos, teólogos. Pronto sintió que tenía necesidad de ayuda; fue

a buscarla en todas las gentes hábiles de su tiempo, e incluso, cuando le hizo falta, bastante lejos de Leipzig.

Esta lectura universal y muy asidua, junta a un gran genio natural, le hizo dominar todo lo que había leído: parecido de cierta suerte a los antiguos que tenían el arte de conducir de frente hasta ocho caballos enganchados, llevó de frente todas las ciencias. Así nos vemos obligados a repartirlo aquí, y para hablar filosóficamente, a descomponerlo. De varios Hércules no hizo la antigüedad más que uno, y del solo M. Leibniz haremos nosotros varios sabios. Una razón más que nos determina a no seguir como de costumbre el orden cronológico, es que en los mismos años aparecían de él escritos sobre diferentes materias; y esta mezcla casi perpetua, que no producía ninguna confusión en sus ideas, estos pasos bruscos y frecuentes de un asunto a otro del todo opuesto, que no le embarazaban, introducirían la confusión y el embarazo en esta historia.

M. Leibniz tenía gusto por la poesía y talento para ella. Sabía de memoria los buenos poetas; e incluso en la vejez, aún habría recitado a Virgilio casi entero palabra por palabra. Una vez había compuesto en un día una obra de trescientos versos latinos sin permitirse una sola elisión; juego de ingenio, pero juego difícil. Cuando en

1679 perdió al duque Juan Federico de Brunswick, su protector, hizo sobre su muerte un poema latino que es su obra maestra y merece se le cuente entre los más bellos de los modernos. No creía, como la mayor parte de los que han trabajado en este género, que porque se hacen versos en latín, se tiene el derecho de no pensar ni decir nada, sino es acaso lo que dijeron los antiguos; su poesía está llena de cosas; lo que dice le pertenece; tiene la fuerza de Lucano, pero de un Lucano que no hace demasiados esfuerzos. Un trozo notable de este poema es aquel en que habla del fósforo de que era el inventor Brandt. El duque de Brunswick, incitado por M. Leibniz, había hecho venir a su corte a Brandt para gozar del fósforo, y el poeta canta aquella maravilla hasta entonces no oída... M. Leibniz hacía incluso versos franceses, pero no tenía éxito en la poesía alemana. Nuestro prejuicio en favor de nuestra lengua, y la estima que se debe a este poeta, podrían hacernos creer que no era completamente suya la falta.

Era muy profundo en materia de historia y de los intereses de los príncipes que son el resultado político de ella.

....

Los príncipes de Brunswick lo destinaron a escribir la historia de su casa. Para cumplir aquel

gran designio y recoger los materiales necesarios, corrió toda la Alemania, visitó todas las antiguas abadías, hurgó en los archivos de las ciudades, examinó las tumbas y demás antigüedades, y pasó de allí a Italia, donde habían tenido sus principados y sus dominios los marqueses de Toscana, Liguria y Este, que habían salido del mismo origen que los príncipes de Brunswick. Yendo por mar en una barquita, solo y sin acompañamiento alguno, de Venecia a Mesola, en el Ferrarense, se alzó una furiosa tempestad; el piloto, que no creía que le entendiese un alemán y que lo miraba como la causa de la tempestad, porque lo juzgaba un hereje, propuso arrojarlo a la mar, conservando, no obstante, sus ropas y dinero. En esto, M. Leibniz, sin dar señal de turbación alguna, sacó un rosario, que evidentemente había tomado por precaución, y lo pasó con un aire asaz devoto. El artificio le salió; un marinero dijo al piloto que puesto que aquel hombre no era un hereje, no era justo echarlo a la mar.

Estuvo de vuelta de sus viajes en Hanover en 1690. Había recogido una abundante cosecha, más abundante de lo que era necesario para la historia de Brunswick; pero una avidez de sabio le había llevado a tomarlo todo. Con las sobras hizo una amplia colección, de la que dio el primer volumen en folio en 1693, bajo el título de *Codex*

juris gentium diplomaticus. Lo llamó *Código del derecho de gentes* porque no contenía más que documentos hechos por naciones o en su nombre, declaraciones de guerra, manifiestos, tratados de paz o de tregua, contratos de matrimonio de soberanos, etcétera, y como las naciones no tienen entre sí más leyes que las que les place darse, es en estas suertes de piezas donde hay que estudiarlas. Puso a la cabeza del volumen un gran prefacio bien escrito y todavía mejor pensado. En él hace ver que los documentos de la naturaleza de aquellos que da son las verdaderas fuentes de la historia hasta donde puede conocerse; pues sabe bien que el fin entero de ella se nos escapa; que lo que produjo tales documentos públicos y puso a los hombres en movimiento, son una infinidad de pequeños resortes ocultos, pero muy poderosos, a veces desconocidos para aquellos mismos a quienes hacen obrar, y casi todos tan desproporcionados con sus efectos, que quedarían deshonrados por ellos los más grandes acontecimientos. Recoge los rasgos de historia más singulares que le descubrieron tales documentos, y saca de allí conjeturas nuevas e ingeniosas sobre el origen de los electores del imperio en número fijo. Confiesa que tantos tratados de paz renovados tan a menudo entre las mismas naciones son una vergüenza para ellas, y aprueba con dolor

la muestra de un mercader holandés que habiendo puesto por título *La paz perpetua,* había hecho pintar en la tabla un cementerio.

. . . .

Un hombre del temple de M. Leibniz que se mete en el estudio de la historia, sabe sacar de él ciertas reflexiones generales que se elevan por encima de la historia misma; y en este montón confuso e inmenso de hechos, desenmaraña un orden y relaciones delicadas que no existen allí más que para él. Lo que más le interesa son los orígenes de las naciones, de sus lenguas, de sus costumbres, de sus opiniones, sobre todo la historia del espíritu humano, y una sucesión de ideas que nacen en los pueblos unas tras otras o más bien unas de otras, y cuyo encadenamiento bien observado podría dar lugar a una especie de profecías.

. . . .

M. Leibniz era un gran jurisconsulto. Había nacido en el seno de la jurisprudencia, y esta ciencia está más cultivada en Alemania que en ningún otro país. Sus primeros estudios estuvieron dirigidos principalmente hacia este lado, empleándose en ellos el naciente vigor de su espíritu. A la edad de veinte años quiso recibirse doctor en derecho en Leipzig; pero el decano de la facultad, empujado por su mujer, lo rechazó

con el pretexto de su juventud. Quizá esta misma juventud le había atraído el mal humor de la mujer del decano. Sea lo que sea, quedó vengado de su patria por el aplauso general con que le recibieron por doctor el mismo año en Aldorf, en el territorio de Nuremberga.

. . . .

Henos aquí arribados por fin a la parte de su mérito que más interesa a esta compañía. Era excelente filósofo y matemático. Todo lo que encierran estas dos palabras, lo era él.

Una vez que le recibieron por doctor en derecho en Aldorf, fue a Nuremberga para ver allí a algunos sabios. Supo que había en aquella ciudad una sociedad muy oculta de gentes que trabajaban en química y buscaban la piedra filosofal. Hele aquí poseído en el acto del deseo de aprovecharse de la ocasión para hacerse químico; pero la dificultad estaba en iniciarse en los misterios. Tomó libros de química, recogió las expresiones más oscuras y que menos entendía, compuso con ellas una carta ininteligible para él mismo, la dirigió al director de la sociedad secreta, pidiendo que le admitiesen en ella sobre la base de las pruebas que daba de su gran saber. No se dudó de que el autor de la carta fuese un *adepto* o poco menos; se le recibió con honor en el laboratorio y se le rogó que ejerciese las funciones de se-

cretario. Se le oferció incluso una pensión. Se instruyó mucho con ellos mientras que ellos creían instruirse con él; evidentemente les daba por conocimientos adquiridos con un largo trabajo las ideas que le proporcionaba su genio natural; y en fin, parece fuera de duda que aunque lo hubiesen descubierto, no lo habrían echado.

En 1670, M. Leibniz, de 24 años de edad, se declaró públicamente filósofo en un libro del que he aquí la historia.

Mario Nizolio de Bersello, en el Estado de Módena, publicó, en 1553, un tratado. *De veris principiis et vera ratione philosophandi contra pseudophilosophos* . . .

Este libro, que en el tiempo en que apareció no había debido de ser indiferente, había caído en el olvido . . . M. Leibniz juzgó apropiado ponerlo al día con un prefacio y notas.

El prefacio anuncia un editor y un comentador de una especie muy singular. Ningún ciego respeto por su autor; nada de razones forzadas para realzar su mérito o encubrir sus defectos. Lo alaba, pero sólo por la circunstancia del tiempo en que había escrito, por la bravura de la empresa, por algunas verdades que divisó, pero reconoce en él falsos razonamientos e ideas imperfectas; le reprocha sus excesos y arrebatos respecto de Aristóteles, que no es culpable de los

sueños de sus presuntos discípulos, e incluso respecto de Santo Tomás, cuya gloria podía no ser tan cara a un luterano. En fin, fácil es percatarse de que el comentador debe tener un mérito muy independiente del mérito del autor original.

Parece también que había leído sinnúmero de filósofos. La historia de los pensamientos de los hombres, ciertamente curiosa por el espectáculo de una variedad infinita, es también a veces instructiva. Puede dar ciertas ideas desviadas del camino ordinario, que no habría sacado de su fondo el más grande de los espíritus; proporciona materiales al pensamiento; hace conocer los principales escollos de la razón humana, señala las rutas más seguras; y lo que es más considerable, enseña a los más grandes genios que han tenido semejantes y que sus semejantes se han equivocado. Un solitario puede estimarse más de lo que hará aquel que vive con los demás y se compara con ellos.

M. Leibniz había sacado este fruto de su extensa lectura; gracias a ella tenía el espíritu más ejercitado para recibir toda suerte de ideas, más susceptible de todas las formas, más accesible a lo que le era nuevo y hasta opuesto, más indulgente para la flaqueza humana, más dispuesto a las interpretaciones favorables y más ingenioso para encontrarlas.

. . . .

Sería inútil decir que M. Leibniz era un matemático de primer orden; es por lo que se le conoce más en general. Su nombre está a la cabeza de los más sublimes problemas que se hayan resuelto en nuestros días, y mezclado a todo lo mayor, más difícil y más importante que ha hecho la geometría moderna. Las actas de Leipzig, los periódicos de los sabios, nuestras historias están llenas de él en cuanto geómetra. No ha publicado ningún cuerpo de obras de matemática, sino sólo cantidad de trozos sueltos de que habría hecho libros si hubiese querido y cuyo espíritu e ideas han servido para muchos libros. Decía que le gustaba ver crecer en los jardines ajenos las plantas de que había suministrado los granos. Estos granos son a menudo más de estimar que las plantas mismas; el arte de descubrir es en la matemática más precioso que la mayoría de las cosas que se descubren.

La historia del cálculo diferencial, o de los infinitamente pequeños, bastará para hacer ver cuál era su genio. Sabido es que este descubrimiento lleva nuestros conocimientos hasta el seno del infinito, y casi más allá de los límites prescritos al espíritu humano, al menos infinitamente más allá de aquellos en los que estaba encerrada la antigua geometría. Es una ciencia del todo nueva,

nacida en nuestros días, muy extensa, muy sutil y muy cierta. En 1684 dio M. Leibniz en las actas de Lepzig las reglas del cálculo diferencial; pero ocultó sus demostraciones. Los ilustres hermanos Bernoulli las encontraron, aunque muy difíciles de descubrir, y se ejercitaron en aquel cálculo con un éxito sorprendente. Las soluciones más altas, más audaces y más inesperadas nacían bajo sus pasos. En 1687 apareció el admirable libro de Newton *Principios matemáticos de la filosofía natural,* que estaba fundado casi enteramente sobre el mismo cálculo; de suerte que se creyó en general que M. Leibniz y él habían encontrado cada uno por su lado, debido a la conformidad de sus grandes luces.

Lo que ayudaba todavía a esta opinión es que no coincidían más que en el fondo de las cosas; les daban nombres diferentes y se servían de diferentes caracteres en su cálculo. Lo que llamaba *fluxiones* M. Newton, lo llamaba *diferencias* M. Leibniz; y el carácter con que señalaba M. Leibniz lo infinitamente pequeño era mucho más cómodo y de mayor uso que el de M. Newton. Así, habiendo sido recibido ávidamente este nuevo cálculo por todas las naciones sabias, han prevalecido los nombres y los caracteres de M. Leibniz por todas partes salvo en Inglaterra. Esto mismo producía algún efecto en favor de M. Leib-

niz y hubiese acostumbrado insensiblemente a los geómetras a mirarlo como único o principal inventor.

....

En general, hacen falta pruebas de una extrema evidencia para convencer a un hombre tal cual él de ser plagiario en lo más mínimo; pues aquí está toda la cuestión. M. Newton es ciertamente inventor y su gloria está asegurada.

Las gentes ricas no roban, y ¡cuánto no lo era M. Leibniz!

....

No se sienten celos algunos en M. Leibniz. Incita a todo el mundo a trabajar; se crea concurrentes, si puede hacerlo; no hace esas alabanzas bajamente circunspectas que temen decir demasiado; se complace en el mérito ajeno: nada de esto es de un plagiario. No fue jamás sospechoso de serlo en ninguna ocasión; se habría, pues, desmentido esta sola vez y habría imitado al héroe de Maquiavelo, que es exactamente virtuoso hasta que se trata de una corona. La belleza del sistema de los infinitamente pequeños justifica esta comparación.

En fin, se remitió con una gran confianza al testimonio de M. Newton y al juicio de la sociedad real. ¿Lo habría osado?

No hay aquí más que simples presunciones, que habrán de ceder siempre a verdaderas pruebas. No toca a un historiador decidir, y todavía menos a mí. Ático se habría guardado bien de tomar partido entre este César y este Pompeyo.

. . . .

Había emprendido una gran obra, *De la ciencia del infinito*. Era la más sublime geometría entera, el cálculo integral junto al diferencial. Al parecer, fijaba en ella sus ideas sobre la naturaleza del infinito y sus diferentes órdenes; pero aun cuando fuese posible que no hubiese tomado el mejor partido bien resueltamente, se hubiesen preferido las luces que se recibían de él a su autoridad. Es una pérdida considerable para las matemáticas el que no se haya acabado la obra. Verdad es que parece hecho lo más difícil; ha abierto los caminos reales, pero podía además, o servir de guía de ellos, o abrirlos nuevos.

De tan alta teoría descendía a menudo a la práctica, adonde lo traía su amor por el bien público. Había pensado en hacer los coches y las carrozas más ligeros y más cómodos; y de aquí tomó ocasión un doctor, que le echaba la culpa de no haber obtenido una pensión del duque de Hanover, para imputarle en un escrito público haber tenido el designio de construir un carro que habría hecho en 24 horas el viaje de Hanover

a Amsterdam: broma poco inteligente, puesto que no puede redundar más que en gloria de aquel al que se ataca, con tal que no sea absolutamente insensato.

Había propuesto un molino de viento para sacar el agua de las minas más profundas y trabajado mucho en esta máquina; pero los obreros tuvieron sus razones para obstruir el éxito con toda suerte de artificios. Fueron más hábiles que él y ganaron la partida.

En el rango de las invenciones más curiosas que útiles debe ponerse una máquina aritmética diferente de la de M. Pascal, en la que trabajó toda su vida diversas veces. No la acabó del todo más que poco tiempo antes de su muerte y gastó en ella muchísimo.

Era metafísico, y cosa casi imposible que no lo fuese: tenía el espíritu demasiado universal. No digo solamente universal porque se dirigiese a todo, sino también porque apresaba en todo los principios más altos y más generales, que es el carácter de la metafísica. Había proyectado hacer una del todo nueva, y ha esparcido aquí y allá diferentes trozos, según su costumbre.

Se encontrará un detalle bastante grande de la metafísica de Leibniz en un libro impreso en Londres en 1717. Es una disputa empezada en

1715, entre él y el famoso M. Clarke, y que no se terminó más que con la muerte de M. Leibniz. Se trató entre ellos del espacio y el tiempo, el vacío y los átomos, lo natural y lo sobrenatural, la libertad, etcétera. Pues felizmente para el público, la contienda, calentándose, venía a abarcar cada vez más terreno. Los dos sabios adversarios se volvían más fuertes en proporción el uno del otro; y los espectadores, a quienes se acusa de ser crueles, serán muy excusables si lamentan que acabase tan pronto tal combate; se hubiese visto el término de las materias o que no tienen término.

En fin, para terminar con el detalle de las cualidades adquiridas de M. Leibniz, era teólogo, no sólo en cuanto filósofo o metafísico, sino teólogo en sentido estricto; entendía las diferentes partes de la teología cristiana que los simples filósofos ignoran por lo general a fondo: había leído mucho así los Padres como los escolásticos.

. . . .

Se estaba tan persuadido de su capacidad en teología, que cuando a comienzos de este siglo se propuso un matrimonio entre un gran príncipe católico y una princesa luterana, se lo llamó a las conferencias que se tuvieron acerca de los medios de conciliarse en lo que respecta a la religión. No resultó de ellas nada, sino que M. Leibniz admiró la firmeza de la princesa.

. . . .

La sola Teodicea bastaría para representar a M. Leibniz: una lectura inmensa, anécdotas curiosas sobre los libros o las personas, mucha equidad y hasta favor para todos los autores citados, aún combatiéndolos, ideas sublimes y luminosas, razonamientos en el fondo de los cuales se siente siempre el espíritu geométrico, un estilo donde domina la fuerza y, sin embargo, se admiten los adornos de una imaginación feliz.

Al presente debiéramos haber agotado a M. Leibniz, y sin embargo aún no lo está; no porque hayamos pasado en silencio muy gran número de cosas particulares que quizá habrían bastado para el elogio de otro, sino porque queda una de un género del todo diferente; es el proyecto que había concebido de una lengua filosófica y universal. Wilkins, obispo de Chester, y Dalgarme habían trabajado en ella; pero desde el tiempo en que había estado en Inglaterra, había dicho a M. M. Boyle y De Oldenbourg, que no creía que aquellos grandes hombres hubiesen dado todavía en el blanco. Podían hacer, en efecto, que tuviesen fácilmente comercio naciones que no se entendían; pero no habían dado con los verdaderos caracteres *reales,* que eran el instrumento más fino de que pudiera servirse el espíritu humano, y debían facilitar extremadamente así el

razonamiento como la memoria y la invención de cosas. Debían parecerse todo lo posible a los caracteres del álgebra, que son en efecto muy simples y muy expresivos, y no tienen jamás ni superfluidad ni equívoco, y cuyas variedades están todas razonadas. Ha hablado en algún lugar de un *alfabeto de las ideas humanas* en que meditaba según todas las apariencias; este alfabeto tenía relación con su lengua universal. Después de haberla encontrado, aún habría hecho falta, por cómoda y útil que hubiese sido, encontrar el arte de persuadir a los diferentes pueblos de servirse de ella, y no hubiese sido lo menos difícil. Los pueblos no están de acuerdo más que en no entender sus intereses comunes.

Hasta aquí no hemos visto más que la vida sabia de M. Leibniz, sus talentos, sus obras, sus proyectos; queda el detalle de los acontecimientos de su vida particular.

Estaba en la sociedad secreta de los químicos de Nuremberga, cuando encontró por azar, en la mesa del hospital donde comía, al señor barón de Boineburgo, ministro del elector de Maguncia, Juan Felipe. Este señor se percató prontamente del mérito de un joven todavía desconocido; le hizo rehusar ofertas considerables que le hacía el conde palatino en recompensa del libro de Jorge Ulicovius, y quiso absolutamente ligarlo a su

señor y a sí. En 1668, el elector de Maguncia le hizo consejero de la cámara de revisión de la cancillería.

M. de Boineburgo tenía relaciones en la corte de Francia, y además había enviado a su hijo a París para hacer allí sus estudios y ejercicios. Comprometió a M. Leibniz a ir también allí en 1672, tanto por respecto a los negocios como a la conducta del joven. Habiendo muerto en 1673 M. de Boineburgo, pasó Leibniz a Inglaterra, donde poco tiempo después supo también la muerte del elector de Maguncia, que derribaba los comienzos de su fortuna. Pero el duque de Brunswick-Luneburgo se apresuró a apoderarse de él mientras estaba vacante; le escribió una carta muy honorable y muy propia para hacerle pensar que era muy conocido; lo que es el más grato y más raro placer de las gentes de mérito. Leibniz recibió con toda la alegría y el reconocimiento que debía la plaza de consejero y una pensión que le ofrecían.

Sin embargo, no partió en el acto para la Alemania. Obtuvo permiso de volver todavía a París, que no había agotado en su primer viaje. De allí volvió a pasar a Inglaterra, donde hizo poca estancia, y por fin se fue, en 1676, al lado del duque Juan Federico. Tuvo allí una consideración que

pertenecería tanto, y quizá más, al elogio de este príncipe como al de M. Leibniz.

Tres años después perdió a aquel gran protector, al que sucedió el duque Ernesto-Augusto, entonces obispo de Osnabruck. Pasó a este nuevo señor, que no lo conoció menos bien. Fue siguiendo sus ideas y por órdenes suyas como se interesó por la historia de Brunswick; y en 1687 empezó los viajes que tenían relación con ella. El elector Ernesto-Augusto le hizo en 1696 su consejero privado de justicia. No se cree en Alemania que sean los sabios incapaces para los cargos.

En 1699 se le puso a la cabeza de los socios extranjeros de esta academia. No había dependido más que de él el ocupar en ella su lugar mucho más temprano, a título de pensionado. Mientras estaba en París, se le quiso fijar en él muy ventajosamente, con tal que se hiciese católico; pero con todo lo tolerante que era, rechazó absolutamente tal condición.

Como tenía una extrema pasión por las ciencias, quiso serles útil, no solamente con sus descubrimientos, sino con la gran consideración en que estaba. Inspiró al elector de Brandeburgo el designio de establecer una academia de ciencias en Berlín, lo que estuvo hecho del todo en 1700 según el plan que él había trazado. Al año si-

guiente se declaró a aquel elector rey de Prusia; el nuevo reino y la nueva academia tuvieron nacimiento casi al mismo tiempo. Aquella compañía, siguiendo el genio de su fundador, abrazaba, además de la física y de las matemáticas, la historia sagrada y profana y toda la antigüedad. Se le hizo presidente perpetuo, y no hubo celosos.

En 1710 apareció un volumen de la academia de Berlín bajo el título de *Miscellanea Berolinensia.*

Allí aparece M. Leibniz en diversos lugares bajo casi todas sus diferentes formas de historiador, anticuario, etimologista, físico, matemático; puede añadirse la de orador, a causa de una muy bella epístola dedicatoria dirigida al rey de Prusia; no faltan más que las de jurisconsulto y teólogo, de que no le permitía revestirse la constitución de su academia.

Tenía los mismos planes para los Estados del elector de Sajonia, rey de Polonia, y quería establecer en Dresden una academia que tuviese correspondencia con la de Berlín; pero las revueltas de Polonia le quitaron toda esperanza de éxito.

En recompensa, se le abrió, en 1711, un campo más vasto y que no se había cultivado. El zar, que ha concebido la más grande y más noble idea que pueda caer dentro del espíritu de un soberano, la de sacar a sus pueblos de la barbarie,

e introducir en ellos las ciencias y las artes, fue a Torgau para el matrimonio del príncipe hijo mayor suyo con la princesa Carlota Cristina, y allí vio y consultó mucho sobre su proyecto a M. Leibniz. El sabio era precisamente tal cual merecía encontrarlo el monarca.

El zar hizo a M. Leibniz un magnífico presente y le dio el título de consejero privado de justicia, con una pensión considerable. Pero lo que es todavía más glorioso para él: la historia del establecimiento de las ciencias en Moscovia no podrá olvidarlo jamás, y su nombre marchará en ella a continuación del nombre del zar. Es dicha rara para un sabio moderno tener ocasión de ser legislador de bárbaros: quienes lo fueron en los primeros tiempos son esos cantores milagrosos que atraían las rocas y edificaban ciudades con la lira; y a M. Leibniz lo hubiera disfrazado la fábula en Orfeo o Anfión.

No hay prosperidad continua. El rey de Prusia murió en 1713, y el gusto del rey que le sucedió, enteramente declarado en favor de la guerra, amenazaba a la academia de Berlín con una caída próxima. M. Leibniz pensó en procurar a las ciencias una sede más segura, y se volvió del lado de la corte imperial. Allí encontró al príncipe Eugenio, que no por ser tan gran general y famoso por tantas victorias, amaba menos las cien-

cias, y favoreció con todo su poder el designio de M. Leibniz. Pero la peste que sobrevino en Viena volvió inútiles todos los movimientos que había hecho para formar allí una academia. No tuvo más que una pensión bastante grande del emperador, con ofertas muy ventajosas, si quería quedarse en la corte. Desde el tiempo de la coronación de aquel príncipe, había tenido ya el título de consejero áulico.

Estaba todavía en Viena en 1714, cuando murió la reina Ana, a la que sucedió el elector de Hanover, que reunía bajo su dominación un electorado y los tres reinos de la Gran Bretaña, M. Leibniz y M. Newton. M. Leibniz se volvió a Hanover, pero ya no encontró allí al rey, y tampoco estaba en edad de seguirlo hasta Inglaterra. Le probó su celo más útilmente con las respuestas que dio a algunos libelos ingleses publicados contra su majestad.

El rey de Inglaterra volvió a pasar a Alemania, donde M. Leibniz tuvo por fin la alegría de verle. Desde aquel tiempo fue bajando siempre su salud; estaba sujeto a la gota, cuyos ataques se hacían más frecuentes. Le llegó a los hombros; y se cree que cierta tisana especial que tomó en un gran ataque, y que no pasó, le causó las convulsiones y los dolores excesivos de que murió en una hora el 14 de noviembre de 1716. En los

últimos momentos en que pudo hablar, razonaba sobre la manera de que había cambiado la mitad de un clavo de hierro en oro el famoso Furtembach.

El sabio M. Eckard, que había vivido 19 años con él, le había ayudado en sus trabajos históricos, y al que a última hora escogió el rey de Inglaterra para ser historiógrafo de su casa y su bibliotecario en Hanover, se cuidó de darle una sepultura muy honorable o más bien de hacerle una pompa fúnebre. Se invitó a ella a toda la corte y no apareció nadie. M. Eckard dice que se quedó muy asombrado, pero los cortesanos no hicieron más que lo que debían; el muerto no dejaba tras de sí a nadie a quien tuviesen que considerar, y no hubiesen rendido el último tributo más que al mérito.

M. Leibniz no se había casado; había pensado en ello a la edad de cincuenta años, pero la persona en quien había puesto la vista quiso tener tiempo de hacer sus reflexiones. Esto dio a M. Leibniz ocio para hacer también las suyas, y no se casó.

Era de una fuerte complexión. Casi no había tenido enfermedades, exceptuados algunos vértigos que le incomodaban a veces y la gota. Comía mucho y bebía poco, cuando no le forzaban, y jamás vino sin agua. En su casa era absoluta-

mente el dueño, pues siempre comía solo en ella. No regulaba sus comidas a ciertas horas, sino según sus estudios; no tenía servicio doméstico, y mandaba a buscar en casa de un fondista lo primero que se encontrase. Desde que tenía la gota, no comía más que un poco de leche, pero hacía una gran cena, después de la cual se acostaba una o dos horas de la madrugada. A menudo no dormía más que sentado en una silla, y no por ello se despertaba menos fresco a las 7 u 8 de la mañana. Estudiaba todo seguido; y pasaba meses enteros sin dejar el asiento, práctica muy a propósito para hacer adelantar mucho un trabajo, pero muy malsana. Así se cree que le trajo una fluxión en la pierna derecha con una úlcera abierta. Quiso remediar a ello a su manera, pues consultaba poco a los médicos, y acabó por casi no poder andar ni dejar la cama.

Hacía extractos de todo lo que leía, y les añadía sus reflexiones; después de lo cual ponía todo aquello aparte y no volvía a mirarlo. Su memoria, que era admirable, no se descargaba, como es lo ordinario, de las cosas que quedaban escritas, sino que simplemente el escribirlas había sido necesario para grabarlas en ella por siempre. Estaba siempre pronto a responder sobre toda suerte de materias, y el rey de Inglaterra le llamaba su *diccionario vivo*.

Conversaba gustoso con toda suerte de personas, cortesanos, artesanos, labradores, soldados. Casi no hay ignorante que no pueda enseñar algo al hombre más sabio del mundo, y en todo caso se instruye el sabio cuando sabe considerar bien al ignorante. Leibniz conversaba incluso a menudo con las damas, y no contaba por perdido el tiempo que dedicaba a la conversación con ellas. Se despojaba perfectamente con ellas del carácter de sabio y filósofo, caracteres, sin embargo, casi indelebles, y de los que perciben ellas bien finamente y con harto disgusto las trazas más ligeras. Esta facilidad de comunicarse le hacía amar de todo el mundo: un sabio ilustre que es popular y afable, es casi un príncipe que también lo fuera; el príncipe lleva, sin embargo, mucho de ventaja.

M. Leibniz tenía un comercio de cartas prodigioso. Se complacía en interesarse por los trabajos o los proyectos de todos los sabios de la Europa; les sugería ideas, los animaba, y ciertamente predicaba con el ejemplo. Se estaba seguro de recibir respuesta desde que se le escribía, aunque el propósito fuese sólo el honor de escribirle. Es imposible que sus cartas no le hayan quitado un tiempo muy considerable; pero le gustaba emplearlo en el provecho o la gloria ajena tanto como en provecho suyo o en su gloria particular.

Era siempre de un humor muy jovial; ¡y de qué serviría sin esto el ser filósofo! Se le vio muy afligido a la muerte del difunto rey de Prusia y de la electriz Sofía. El dolor de tal hombre es la más bella oración fúnebre.

Entraba fácilmente en cólera, pero la abandonaba en seguida. Sus primeros movimientos no eran amar la contradicción sobre lo que quiera que fuese, pero bastaba esperar a los segundos; y en efecto, estos segundos movimientos, que son los únicos de que quedan señales, le harán eternamente honor.

Se le acusa de no haber sido más que un grande y rígido observador del derecho natural. Sus pastores le hicieron por ello reprensiones públicas e inútiles.

Se le acusa también de haber amado el dinero. Tenía una renta muy considerable en pensiones, del duque de Wolfembutel, del rey de Inglaterra, del emperador, del zar, y siempre vivió bastante toscamente. Pero un filósofo casi no puede dedicarse, aunque se haga rico, a hacer gastos inútiles y fastuosos que desprecia. Además, M. Leibniz dejaba ir el detalle de su casa como placía a sus domésticos, y gastaba mucho en negligencia; sin embargo, el ingreso era siempre mayor, y se le encontró después de su muerte una gran suma de dinero contante que había escondido. Eran

dos años de su renta. Este tesoro le había causado durante su vida grandes inquietudes que había confiado a un amigo; pero fue todavía más funesto a la mujer de su único heredero, hijo de su hermana, que era cura de una parroquia cerca de Leipzig. Aquella mujer, viendo junto tanto dinero perteneciente a ella, fue presa de una alegría tal que murió de ella súbitamente.

M. Eckard promete una vida más completa de M. Leibniz; a las memorias que ha tenido la bondad de proporcionarme se debe ya este esbozo. M. Eckard recogerá en un volumen todas las piezas impresas de nuestro grande hombre, esparcidas por una infinidad de lugares, de cualquier clase que sean. Será, por decirlo así, la resurrección de un cuerpo cuyos miembros estaban extremadamente dispersos, y el todo cobrará una nueva vida con tal reunión. Además, M. Eckard dará todas las obras póstumas que están acabadas, y unos *leibnitziana* que no serán la parte menos curiosa de la colección. En fin, continuará la historia de Brunswick, de que M. Leibniz no ha hecho más que lo que va desde el comienzo del reino de Carlomagno hasta el año 1005. Es prolongar la vida de los grandes hombres proseguir dignamente sus empresas.

En la Imprenta Universitaria, bajo la dirección de Rubén Bonifaz Nuño, se terminó la impresión de este libro el día 15 de junio de 1960. La edición estuvo al cuidado de Jesús Arellano. Se hicieron 1,500 ejemplares.


UNIVERSITARIA
IMPRENTA
DE MEXICO